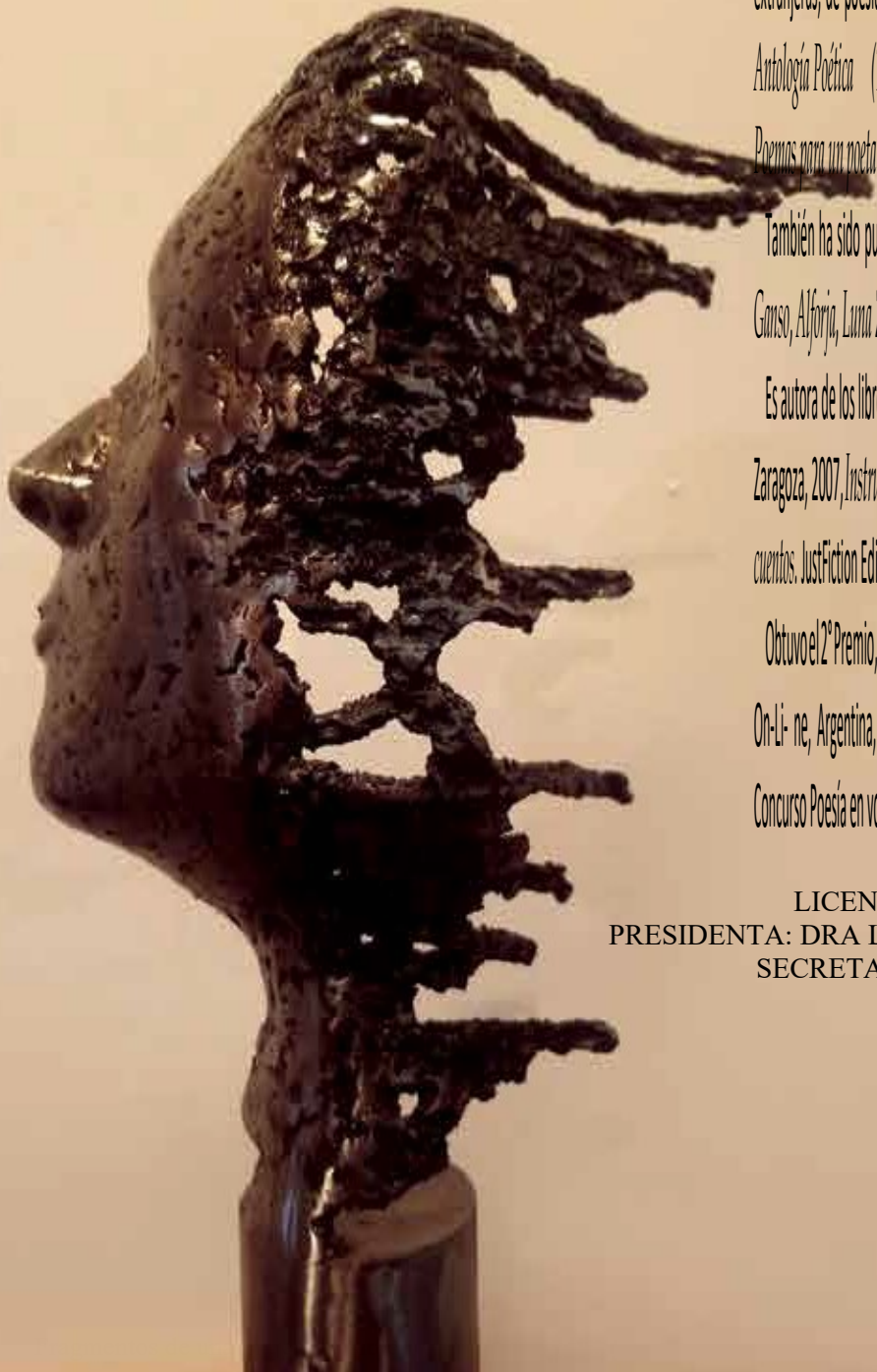


Mónica Suárez
**FRAGMENTOS DE UNA MUJER
INVISIBLE**



Mónica Suárez nació en la Ciudad de México en 1965. Diplomada de la Escuela de Escritores de la SO-GEM. Egresada de la Licenciatura en Creación Literaria de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Su trabajo ha sido incluido en 23 antologías, nacionales y extranjeras, de poesía y cuento, entre las que se encuentran: *Mujeres Poetas de México. Antología Poética (1940-1965)*, (2008);

Poemas para un poeta que dejó la poesía, (2011), *Intenso Carrán 2, líneas y versos*, (2019).

También ha sido publicada en diversos medios electrónicos, y revistas como *La Pluma del Ganso*, *Alforja*, *Luna Zeta* y *Visor*, entre otras, y periódicos como *La Jornada* y *Excelsior*.

Es autora de los libros: "Poemas al filo de la pluma" en *Senderos de Dido*. UNAM y FES-Zaragoza, 2007. *Instrucciones para buscar en la niebla*. Verso Destierro, 2011, y *Contrasentido: cuentos*. JustFiction Edition, 2019.

Obtuvo el 2º Premio, con el poema "Lo he imaginado todo", en el 1º Certamen Internacional On-Line, Argentina, 2019 y el 2º Lugar, con el poema "La procesión del llanto", en el Concurso Poesía en voz alta por los 43, México, 2019.

UACM
CHCS DE LA UNIVERSIDAD
LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA
PRESIDENTA: DRA LUISA ADRIANA GONZÁLEZ MATEOS
SECRETARIA: LIC ADRIANA JIMÉNEZ GARCÍA

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS[©]

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

No, tú historia no será la más terrible, ni siquiera la más violenta o la más trágica: conocerás otras, en donde la violencia y la maldad serán inexpresables. Pero la tuya casi te destruirá antes de que conozcas de las otras.

Hablaré desde todos los tiempos verbales; pero no sabré si la primera persona será la misma.

La nacida a medias, la nonata, la medio nacida. ¿Será por eso el cordón umbilical de la palabra?

¿Quién seré? ¿Seré mi nombre, mi sexo biológico, mi profesión, mis experiencias, mis deseos y mis temores?

¿Quién seré?

Exiliada del vientre de mi madre, de su acuosa redondez perfecta. ¿Círculo roto o pacto inacabado?

Recuperación de la infinita memoria de atrás para adelante, sin principio ni fin. Exilio del cuerpo. Únicamente la extensión de la palabra.

Seis meses y medio: el aire no llegará a los alvéolos, será mi primer intento de fuga; aún en contra de mi voluntad.

Meses después mi madre me sacará del hospital: cabré en una caja de zapatos de mi padre; estaré viva.

Sabré de la existencia de un departamento, de un tren que pasa detrás, de un perro con el cuello cercenado; pero no estaré segura.

Volaré en el aire, diminuta. Sus brazos y su sonrisa, respuesta de mi júbilo, serán el único hogar posible: mi refugio.

Recostadas en la cama, mi madre me levantará horizontalmente: Te quiero hasta la luna, dirá. Luego volverá a recostarme sobre su estómago: me desharé entre risas.

Como si quisiera matarlo, Daniel, golpeará la cabeza contra el filo del último escalón. Habrá un hilo rojo en la base del cráneo de Adrián. La relación de los hermanos.

Tras las enaguas de la abuela, nosotras nos esconderemos cuando ellos se peleen. Será horrible verlos sangrar. Mi abuela será mayor: no podrá con ellos. Nosotras dos seremos pequeñas: no podremos con ellos. No habrá nada que hacer. En la noche llegará papá, y mamá le dirá lo que le contó la abuela. Él se quitará el cinturón y los golpeará a los dos.

La nieve se sentirá bien al derretirse en mi boca: sílaba fría que adormecerá la herida en mi garganta. Premonición de la ausencia de voz.

La niña querrá alcanzar una flor que crece más abajo. Se inclinará, perderá el equilibrio, intentará sostenerse de la rama, gritará; caerá a pocos metros de la fila donde yo estaré formada. Lo que pegará primero contra el piso será su cabeza: un charco rojo se formará con rapidez. No se moverá.

Las maestras intentarán poner orden: habrá muchos niños llorando, gritando. Yo no podré moverme, no podré despegar la vista del charco de sangre, de su cabeza partida. La excursión al Castillo de Chapultepec será suspendida. Nos llevarán casi a empujones hacia los autobuses.

Veré sus zapatos en el umbral. Bajo la cama intentaré no respirar para que no me oiga. Dirá: No voy a lastimarte; yo no moveré un solo músculo.

Tendrá rato que me habrán ido acostar. Regresaré escondiéndome, no querré perderme la fiesta. Los espiaré debajo de una de las mesas. El patio será enorme. Habrá mesas con manteles blancos. Mi madre tendrá un peinado alto, su vestido volará en las vueltas, reirá. La música de Glen Miller será alegre.

Sandra dirá que hay brujos en el cuarto de trabajo de mi padre. Nunca los habré visto; la veré a ella temblar. La abrazaré, le diré que no permitiré que le hagan daño. Ella sonreirá, me dirá que soy muy pequeña para poder defenderla. Desearé ser la mayor de las dos.

Adrián entrará con la boca llena de sangre: un niño lo habrá aventado del patín del diablo. Tendrá un hueco grande entre los dientes, no querrá reírse, porque nosotras dos nos burlaremos de él; aunque sea más grande que nosotras: no nos golpeará como lo hace cuando se defiende de Daniel.

El sueño con la niña de la cabeza partida, regresará de nuevo. Me despertaré sudando. Sandra me tranquilizará: Fue una pesadilla, dirá. Yo no sabré si es un sueño o si habrá pasado de verdad.

Mi madre abrirá el zaguán, soltaré la mochila y correré lo más rápido que pueda. Ella correrá tras de mí: Ya verás cómo te va, gritará. Me dará alcance en la azotea. Con el cordón de la plancha mojado me golpeará con furia en las piernas, las nalgas y la espalda. No podré moverme durante días.

Mi padre no le dirigirá la palabra por haberme golpeado de esa forma, por reprobar el primer año: Has tenido fiebre durante tres días, me dirá él cuando despierte.

Mi madre me abrazará, yo me quejaré porque aún me dolerá el cuerpo: No quería hacerte tanto daño, dirá ella y con un beso agregará que me quiere mucho. Yo me sentiré feliz porque ya no estará enojada conmigo.

La abuela morirá. No entenderé qué es morir hasta que me dé cuenta de que nunca más volveré a ver a la abuela.

Adrián no querrá ir. Dirá que no le gusta esa casa, ni ese pueblo horrible lleno de charcos, de lodo. Mi padre lo reprenderá, no alcanzaré a escuchar; veré sus manos abiertas en el aire. Adrián no volverá a quejarse delante de él.

Habrán situaciones que marcarán la existencia de todos: Eres demasiado pequeña para entender, afirmarán Adrián y Sandra, yo casi no recordaré nada.

La nueva casa será un jacalón sin puertas ni ventanas: únicamente huecos. Su oscuridad será un presagio, o quizá sea la manifestación de la realidad común.

Su ausencia ocupará todos los cuartos de la casa: ya no sus brazos maternos, ni su sonrisa en ningún lado, extirpada de mí sin previo aviso.

Sabré que no se murió porque cuando murió la abuela, la metieron en una caja y fue mucha gente a despedirse de ella.

El abandono será la negación de la existencia: muerte súbita de quien se queda girando como un péndulo.

El asombro de caer dentro de la carne. Caeré antes de caer: no sabré si caigo como un acto premonitorio o como una profecía autocumplida.

Veré mis manos, observaré la forma de mis dedos, el color de mis brazos: no era consciente de lo extraordinario: Soy algo separado de todo, reconoceré. Mi rodilla sangrará y tendré miedo.

Olivia, la mujer de mi hermano Gustavo, se convertirá en una especie de madre sustituta. Una adolescente cuidando a dos niñas: muchas veces creeré que está más asustada que yo.

La tristeza será una red infinita: árbol subterráneo que florecerá lágrimas.

Sangraré por el recto, Olivia me revisará y dirá que tengo almorranas porque me paso mucho tiempo pujando en el baño. Yo le diré que siempre las he tenido y mamá nunca me dijo nada. Cuando me tarde más de lo esperado: ella ira a tocarme la puerta.

Dejaré de usar los vestidos y las cintas que me ponía antes de desaparecer. Le pediré a mi padre que me compre pantalones y camisas, que me haga cortar el cabello. Me convertiré en el *güero* de la cuadra y jugaré con los demás niños hasta la madrugada.

La transfiguración del sexo: un acto de magia de la palabra.

La nueva escuela será gigante. Tendrá árboles enormes en el patio de atrás. Mis nuevos compañeros me verán con curiosidad. No me gustará su forma de mirarme.

Lo que más extrañaré de mi antigua escuela será a Bertha, mi mejor amiga. Siempre estábamos juntas.

Dislexia prematura. El ensimismamiento de la letra: signo oscuro que predecirá el precipicio del vórtice.

En las arboledas del enorme jardín escolar podré ver sin ser vista: una rama más del árbol que traduce al sol. Abajo, sabuesos humanos husmearán mi rastro. Los odiaré; pero sobre todo les temeré.

En permanente huida: siempre en peligro de quedar atrapada entre sus manos, presa en la jaula de sus deseos de constatar el punto de mi sexo: pene o vagina, su curiosidad no se conformará con las palabras que componen mi nombre, en femenino: querrán saber, con la violencia de la crueldad infantil.

Aunque mi padre será muy bueno conmigo, preferiré quedarme el día entero en la calle con mis amigos.

Olivia me castigará con su silencio. Cuando me porte mal o no haga lo que me ordena: ella dejará de hablarme. Eso me dolerá más que si me gritara.

Traerán a mi tío del manicomio. Adrián dirá que volverá a vivir con nosotros de ahora en adelante. Mi padre no dirá nada. Sandra asegurará que papá es bueno porque cuida a su hermanito.

Físicamente seré la misma; pero ya no seré igual. Me habrán crecido abismos tras los ojos.

Los adultos no harán nada por detener los deseos de los otros niños. Seremos tres, las tres niñas, las tres blancas, las tres solas. La escuela será el lugar más solitario para crecer.

Los brazos: verdes troncos delgados, las ramas de un árbol metido bajo la piel.

A ciegas iré tanteando los muebles: tropezaré, caeré; pero me levantaré y seguiré porque: recordaré ser ciega, y todos los objetos se agrandarán.

Dejarán de perseguirme; pero no serán mis amigos: ni siquiera las otras dos niñas. Por lo menos, ya no tendré que ocultarme todo el tiempo. Constantemente me castigarán sin recreo por burra.

Otras veces me pondré tapones en los oídos: los ruidos se apagarán, habrá un zumbido suave, intentaré leer los labios de los demás, muchas veces sabré más lo que dicen por sus gestos.

Tendré hambre: no desayunaré. Siempre tendré hambre: nunca desayunaré porque saldremos corriendo. Aun así mis compañeros dirán que, además de ser un niño disfrazado, soy rica porque soy blanca.

El sonido se volverá sordo y mis ojos tocarán las puntas de su cabello. La niña, un año más grande que yo, ni siquiera me mirará. Yo sabré que mis compañeros después de todo, no se equivocan tanto. Pero no sabré nombrarlo.

El niño gordo le dará una mordida a su dona de chocolate y la tirará en el bote de la basura. Esperaré que se vaya. Cuando nadie me vea, la recogeré y me la comeré: estará deliciosa. Y yo acecharé todos los días los movimientos del niño gordo.

Volveré de la tienda con la sopa que me encargó Olivia: Vi a un señor que tiene algo malo, creo que está herido, por su pantalón se le sale como una tripa gorda y grande, pero se le ve muy fea, como negra, creo que anda borracho: quiso agarrarme, me dio miedo, le diré. Ella me mirará asustada: ¿Pero no te hizo nada, verdad?: No, me metí corriendo; pero hay que ayudarlo. Ella, sonreirá con tristeza: De seguro ya se fue, asegurará y me pedirá que mejor la ayude hacer la sopa.

Regresará después, con una cicatriz en el centro de la frente: sabré por fin el motivo de su desaparición; pero ya no seré la niña en el columpio del aire: ella ya no será mi refugio.

En la casa seré como un fantasma, a veces parecerá que me ven; pero no me dirán nada. Podré ir a todos lados con mi poder de invisibilidad. Seré nadie.

A diferencia de los animales, los humanos siempre somos otros cuando nadie nos ve.

En ocasiones me desplazaré con los brazos: arrastraré las piernas. Será difícil subir y bajar escalones: el mundo se volverá un precipicio.

Ahora, en la escuela, me pelearé muchas veces a golpes con otros niños para defender a las niñas más pequeñas que yo, y a los animales.

Yo tampoco seguiré siendo su niña. Ahora me reprenderá por cómo me visto, porque la desobedezco, por mis juegos: porque ya no soy la misma. No comprenderá que ella tampoco lo es.

No sirves para nada, me gritará mi madre cada vez más seguido.

Si se confía en la intuición, el cuerpo dirá el momento preciso para cerrarse como una tortuga. Dentro: todo lo blando quedará protegido por la dura concha.

Iré a la iglesia. Los domingos deberé ir, deberé hacer mi primera representación de lo que no creo: por eso vagaré por las calles. El pueblo será una mezcla de colores, fango, perros y gente que me mirará sin ver.

Otra vez el tío se habrá escapado semidesnudo a la calle. Al regresar, Daniel lo sostendrá de un lado, del otro lado Gustavo le irá pegando en el cuerpo: Entiende, pinche loco, no puedes salir encuerado, dirá. Saldré corriendo.

Esquivaré los ojos que la lluvia de la tarde habrá sembrado en las calles angostas sin pavimentar. Tendré que escapar.

Cuando me entre ese miedo a todo, me iré directo al catecismo: no podré soportar que nadie me vea, me darán ganas de vomitar. Entonces me sentaré en la última fila y veré con obstinación al catequista.

El ropaje del templo: muros desnudos de fe.

Desde su regreso, le temeré a mi madre, desearé muchas veces que se muera: Ya no es la que me quería hasta la luna. Ahora no entiende porqué soy así.

Hay muchas maneras de fugarse: lo sabré por intuición. A mí me gustará saltar desde los acantilados de sus pastas hasta sus cavernas de palabras: serán las únicas zonas libres.

A veces Adrián me leerá y después platicaremos. Me gustará estar con él porque me explicará todo lo que no entiendo.

No entenderé por qué son así con Sandra. A veces creeré que mi madre la odia. Y mi padre, será frío e indiferente con ella. La castigarán constantemente. Siempre intentaré protegerla; pero casi nunca lo lograré.

Mi cuñado Alberto vendrá a recogerme, en su casa Dolores nos esperará preparando un pastel. Irme con ellos será lo que más me gustó de las vacaciones: Como me gustaría ser su hija.

Permanecer en silencio no tendrá chiste. Esa será la forma más fácil de todas porque no me costará trabajo: casi no puedo hablar con los adultos, la garganta se cierra y las palabras no salen.

No comprenderé por qué mi hermano preferido, dice esas cosas de las mujeres. Cuando le pregunte, Adrián responderá que casi todas son tontas y chillonas. A mí me gustaría ser hombre.

Sandra me tomará la lectura, no sabré leer: se desesperará. Tartamudearé, bajaré la voz, no se me entenderá lo que digo. El sentimiento de no servir para nada se habrá instalado.

El tío atacará a mi madre. Gritaré, mis hermanos saldrán y se lo quitarán de encima. Mi padre llamará al manicomio, esa tarde llegarán por él. Vendrá después de algunos meses, completamente manso como las veces anteriores.

Muchas veces no entenderé el significado de las palabras; pero me gustará como suenan, su música, por eso seguiré tomando los libros de mis hermanos. Comenzaré a leerme en voz alta.

No sabré qué me pasa, será tan grande la tristeza que apenas podré moverme.

Adrián me pondrá unos ejercicios para que al leer se entienda bien lo que leo. Todos los días atravesaré el lápiz entre mis labios. Las palabras saldrán con trabajo; pero cuando me lo quite fluirán claras y fuertes.

Querré mucho a mi hermana Dolores y a su esposo Alberto, también a mis sobrinos; pero no nos veremos muy seguido. Dolores jamás dejará que se queden acá Brenda ni Raúl.

Cuando prenda la luz, Gustavo se apartará agitado, permanecerá de espaldas. Tras él, veré la cara de Adrián de perfil, y distinguiré sangre en su boca. Los dos estarán con los pantalones abajo en el baño, los dos me darán la espalda cuando me vean: Perdón, estaba abierto, diré y saldré corriendo. Me orinaré encima. (Años después Adrián me contará sobre lo que vi en el baño).

Por lo regular seré yo quien se quede todas las vacaciones en la casa de Dolores. Tendrán muchos libros y me dejarán leer los que yo quiera cuando me quede con ellos.

Cállate hermano, no susurres la noche ni el cuerpo que te caerá encima: porque no será el de un muerto ni el de un fantasma. Es el cuerpo que te coserá los labios con los hilos de las sombras. Yo también lo habré sentido: Pero tú tienes la culpa, dirá, te he oído gemir. Mañana sólo será un mal sueño. Por eso cállate, no quieras ser víctima de su cuerpo.

En esa casa las fiestas casi siempre terminarán con sangre. Caín y Abel será la historia predilecta.

Adrián me hará reír, me contará historias de los antiguos griegos, hará muecas y voces impostadas, jugaremos al teatro. Siempre me hará reír.

Llegaré con el temor a las persecuciones. Pero pronto me daré cuenta de que algo ha cambiado: Creo que soy yo. No sé por qué; ahora hablo todo el tiempo, como si supiera lo que debo decir.

Claro, ellos tampoco serán los mismos profesores y por fortuna serán pocos los excompañeros que también entrarán a esa escuela.

Escribiré versos: interpretaré lo que me dicen para escribir lo que ellos desean decir. Creo que así se acercarán a las muchachas durante los descansos. Yo cobraré por mi labor de Cupido.

Recogeré perros y gatos y mi madre no sabrá qué hacer conmigo. Al final me prohibirá seguir metiendo animales en la casa.

No tendremos la última clase. Como Sandra no vendrá por mí, agarraré camino rumbo a la casa, habrá un tramo a oscuras. Sobre la calzada los autos pasarán a toda velocidad, no podré cruzarme. Un hombre borracho me saldrá al paso: me tomará por la muñeca y comenzará a jalarme hacia un callejón aún más oscuro. Intentaré zafarme sin éxito. Lloraré, le suplicaré que me deje ir, él tipo se reirá, me arrastrará hacia el callejón. Gritaré con todas mis fuerzas: Suéltame hijo de la chingada. Pinche borracho. Pendejo. Sorprendido, me soltará. Me cruzaré sin ver y correré sin parar hasta la casa.

Pienso en ese amanecer: su cielo rojo, por primera vez seré el registro de la creación en el borde de los ojos, y esa cosquilla en la garganta: cámara ciega para atrapar el portento. Primera conciencia de la imposibilidad.

Adrián nos llamará a Sandra y a mí: Mi tío está muerto, nos dirá con la cara pálida: los tres nos miraremos sin saber qué hacer. Por fin, mi hermano se armará de valor y llamará a mi padre.

Aunque nadie lo diga: todos sentiremos alivio. El tío se ponía furioso con más frecuencia. Se había vuelto un peligro. Él no tenía la culpa de sus actos. Las lágrimas saldrán incontrolables.

No soportaré que me quiera obligar a serviles: ¡Qué se sirvan ellos, para eso tienen manos!: Tus hermanos vienen de la escuela: ¿Y de dónde crees que vengo yo? Ante mi negativa: ella se levantará y les servirá, no se les vaya a caer el *pito* por el esfuerzo. Me mirará con auténtica rabia, sé que yo también. A veces la odiaré con todas mis fuerzas.

Oiré una canción hermosa, querré cantar y sólo balbucearé. Querré que la piel de esa hoja me narre. Que abra su boca y cante mis palabras.

Aunque no creeré en su Dios, él parecerá hecho a su imagen y semejanza: tan perfecto, como si viniera de otro mundo. Todos nos mostraremos orgullosos bajo la sombra del padre.

Será tarde: mi programa preferido pronto comenzará y Sandra seguirá muy contenta con su novio. Le pediré que ya nos vayamos, ella contestará que espere. Luego de un rato perderé la paciencia y le reclamaré de nuevo, su novio me exigirá que no moleste más: le pegaré de patadas en las piernas. Durante el trayecto a la casa Sandra no me dirigirá la palabra.

Mi padre insistirá en convencerme de la fe verdadera, de la existencia de su Dios, de la importancia de la Iglesia: Si el Papa es tan bueno por qué no se quita por lo menos uno de sus anillos y lo vende para ayudar a los que se están muriendo de hambre. Le preguntaré sin bajar la vista. Siempre discutiremos por esas cosas.

Por las calles del pueblo mis ojos y mis oídos se llenarán de imágenes y ruidos: pobreza, intensos colores, crueldad, amalgamas de sonidos, fealdad, y vivos aromas; me gustará ir al mercado, por las lonas de los puestos y los colores de las verduras y las frutas.

Sandra casi no me hablará, dirá que soy una chamaca babosa. De todas maneras yo la querré.

No soportaré cuando Adrián se ponga hablar mal de las mujeres; se dará cuenta porque me dirá: Tú eres la única mujer que conozco que es muy inteligente, y valiente. Yo sonreiré de oreja a oreja.

Me hará su cómplice. Yo le llevaré el veneno a escondidas (no puedo negarme soy su hija): vendrá envuelto en frascos de cristal con el rótulo de *Coca-Cola*. Creo que mi madre lo sabrá; pero fingirá no darse cuenta.

Adrián no querrá decir quién de sus amigos lo apuñaló ni por qué. Aunque estará bien; tendrán que transfundirlo: habrá perdido mucha sangre. Sus compañeros vendrán a verlo; nadie dirá nada. A mí me dará miedo que lo vuelvan a atacar.

Especificidad del cuerpo, lugar que se ocupa mientras el aire golpea la cara y las palabras caen: copiosas hojas secas.

Durante su convalecencia Adrián y yo nos habremos vuelto inseparables. Le leeré en voz alta, él dirá que cada vez lo hago mejor.

La bruma será algodón en la cabeza: no pesará pero lo ocupará todo.

Aprovechando una pausa en la lectura, Adrián me contará que quien lo atacó, lo hizo porque quería convencer al grupo, con quienes él se junta, de poner bombas en el metro. Adrián se opuso: No somos terroristas, y como estaban bebiendo, el otro rompió una de las botellas de cerveza y lo atacó. Lo admiraré todavía más. Él abandonará el grupo de muchachos: ya no querrá ser un revolucionario.

Esteban será tranquilo, jugará bien al volibol. Mi amiga querrá llamar su atención, y yo desearé que él la vea porque Camila me gusta y querré que esté contenta.

Siempre se escapa: hay un significado oculto en todo lo nombrado.

Concertaré una cita: Esteban vendrá; pero Camila actuará como si no estuviera. Yo terminaré siendo el canal de su encuentro como si fueran ciegos y tuviera que describirles las escenas.

Otra vez el hospital, mi padre tendrá los pulmones llenos de agua: deberán hacerle la punción. Sentiré miedo; pero fingiré, como mi madre, que no pasa nada.

Seré la traductora de sus desencuentros cada vez más. Pronto él ya sólo me buscará a mí. Ella ya no querrá ser mi amiga, pensará que la traicioné. No se dará cuenta de que ella lo atrajo hacia mí.

Sandra se volverá más distante. No importará que le diga: Manuel sí me cae bien. Me seguirá considerando una chamaca estúpida.

Como siempre con Adrián jugaremos al teatro. Repartiré los papeles, y para variar, el mío será cómico. Nos miraremos fijamente y no lograremos reprimir la risa. Será imposible continuar.

Esteban me caerá bien; aunque no me atraerá. Sabré que debo aceptar su propuesta. Nunca he tenido novio y será necesario que lo tenga.

Me dará miedo ser como Adrián. Me dará miedo que me peguen, que me odien.

Me obligaré: él será cariñoso.

Por primera vez mi voz ensayaré a ser oída. No sabré cómo me he convertido en consejera de mis compañeros: contrario a lo que sucedía antes. Me sorprenderé de que así sea. Por vez primera seré completamente visible.

Despertaremos juntos al sexo. Pero no dejaré que me penetre. Yo no querré tener hijos, no querré ser como algunas de mis compañeras, me repetiré mientras intento que mi negativa no sea brusca. Esteban lo aceptará; pero en su mirada veré que no entiende.

Aunque no hablemos siempre, me gustará sentir que Adrián está cerca: se dará cuenta, por eso soportará mis programas favoritos: se sentará a mi lado, yo espiaré sus gestos: como si quisiera demostrarle que también hay mujeres valiosas, como las heroínas de mis programas.

Permanecerá apenas con algún comentario burlón. Cuando llegue de la Universidad directo a su cuarto sentiré una soledad inmensa, entonces mis programas perderán el interés.

Sandra resentirá que yo sea la preferida de papá. A veces sus ojos no ocultarán el resentimiento: no importará cuántas veces me inculpe para que ella no reciba el castigo.

El desgaste, su piel translúcida, increíblemente blanca. La angustia del aire, su dificultad. Ritmo sincopado, prolongado estertor de la no vida.

Con Adrián podré hablar de casi todo, expresar cualquier duda: siempre será así. Con todo no podré contarle lo que está pasando con Esteban, me dará vergüenza.

Un día comenzaré hablar como un locutor deportivo mientras miro a través de la ventana, como en el patio, Daniel toma un palo y lo esgrime sobre Adrián, quien lo esquivo de forma sorprendente. Gustavo también querrá golpearlo. Sandra comenzará a reír junto conmigo. En adelante será una buena manera de afrontarlo. Sandra y yo nos narraremos las peleas: eso hará que volvamos a acercarnos.

Mi madre se avergonzará de mí y yo de ella: cuando salgamos juntas será como si apenas nos conociéramos.

Pásame los ojos, dirá mi madre: Adrián y yo explotaremos en una carcajada. Indignada ella le arrebatará los lentes de la mano: Ustedes dos siempre burlándose de todo, hasta parecen locos.

Gustavo me dará una cachetada porque me niego a obedecerlo como hace su mujer. Pese a ser mucho mayor y más alto, cuando alce la mano hará un ligero gesto como si esperara un golpe: Jamás vuelvas a tocarme, me vale madres que seas mi hermano mayor. Diré ante su evidente asombro. (No volverá hacerlo nunca).

Sandra se habrá enamorado: saldrá mucho con Manuel, nunca habrá durado tanto con un novio. Le preguntaré, ella sólo sonreirá.

Me esforzaré por sentir lo mismo por Esteban; pero no podré. Con frecuencia pensaré en Camila cuando lo bese.

En las fiestas beberé a escondidas de mi madre. El alcohol me hará sentir segura, sentir que nada puede detenerme, será como si otra se metiera en mi sangre. Dirán que me pongo muy agresiva. Yo sentiré que nadie puede hacerme daño y eso me gustará.

De noche el hospital será como un anfiteatro. Tendrán que traerlo de emergencia. Sus pulmones estarán por estallar.

Nunca entenderé por qué Gustavo se expresará así de mi padre cuando está borracho, parecerá odiarlo. Mi padre será la mejor persona que conozca en el mundo.

Me volveré violenta, desafiante, constantemente retaré a las figuras de autoridad.

Seré aceptada en el horario de la tarde. Me gustará el Colegio; pero me dará miedo el regreso a la casa: todos mis compañeros tomarán el mismo camino. Seré la única que deberé atravesar el descampado hasta la otra calzada para tomar el camión que me dejará a una cuadra de la casa.

Sandra se casará a escondidas, Esteban y yo no podremos ser sus testigos; pero seremos los únicos que estaremos presentes.

Me despertaré a menudo en la madrugada y escribiré sin prender la luz. Las palabras se sobrepondrán de forma ininteligible, pero me tranquilizaré.

Mis padres no se tomarán bien lo del casamiento de mi hermana. Cuando vengan a recoger sus cosas: ellos se portarán muy fríos. Mi madre apenas le dirigirá la palabra. En los ojos de Sandra habrá tristeza.

Mi padre se preocupará porque llegaré muy tarde de la escuela, y eso que nunca les habré dicho sobre los incidentes que he tenido. Ni siquiera a Esteban: siempre lamentará por no poder ir a recogerme, también saldrá tarde de su escuela.

El camión no pasará. Un auto se detendrá frente a mí. El sujeto que maneja se inclinará hacia la ventana del copiloto: creeré que me quiere preguntar algo. Me agacharé hacia la ventanilla. El hombre traerá el pene erecto de fuera: ¿Cuánto por una mamada? Dirá con una risita estúpida. No sabré qué hacer, me dará miedo correr hacia el descampado porque puede atraparme con más facilidad: aprovechando el flujo de los autos caminaré hacia atrás. El tipo se echará en reversa; no me detendré, luego de un rato el coche se alejará.

En la escuela habrá muchos compañeros que me coquetearán. Yo esgrimiré que tengo novio. Ellos se harán los chistosos; a mí no me hará ninguna gracia.

El camión vendrá casi vacío. Con el chofer habrá otros dos sujetos. Desde que subo me mirarán constantemente, se cuchichearán y se reirán. Me daré cuenta de que el penúltimo pasajero hace la parada, me bajaré con él; no me importará volver a pagar el pasaje, sé que querían hacerme algo.

Mi madre me dirá que ya no iré a la Prepa: mi padre está muy mal y se angustia cada vez más por mí. Yo aceptaré enseguida ante su evidente sorpresa.

Sandra y Manuel vivirán en una casita, relativamente lejos de la casa de mis padres. A veces Esteban y yo nos escaparemos a visitarlos; aunque por lo general Sandra estará sola, Manuel trabajará todo el día, apenas habrán empezado a comprar lo necesario. A ella le gustará que vayamos.

Leeré lo más que pueda. El próximo ciclo escolar haré la prueba para entrar en el Colegio de la UNAM.

Me haré parte del grupo de Adrián: seré otra más de sus alumnas de teatro, tengo más o menos la misma edad que ellos. Adrián me hará participar en todos los ejercicios. Me asustará lo que mueven en mí.

Esteban no querrá que ande con Adrián y sus alumnos; ante mi decisión de seguir ya no dirá nada.

Regresaremos a las ensoñaciones que tendremos desde niños. Adrián y yo: añoraremos otra vez, visitar los teatros griegos, las tumbas de los héroes, las ciudades sagradas.

Sandra y yo seremos las primeras en saber. Estaremos todos, por ser la visita del domingo, cuando pase el tiempo y no dejen entrar a nadie, Sandra y yo nos acercaremos al control de visitantes. El empleado no nos hará el menor caso; pero podremos ver la hoja que dirá su nombre, y junto, la palabra: fallecido. Las dos gritamos.

Nada se acaba cuando se acaba todo.

No será su muerte, no, no será su ausencia esperada, incluso deseada con vehemencia cuando veía el tubo del oxígeno vació cada vez más rápido. No será el desamparo de mi adolescencia. No, no será su muerte, será otra cosa que no sabré... será ese alivio, esa tristeza, esa esperanza, esa rabia, esa desesperación incomprensibles.

Esteban me consolará, sabrá que adoraba a mi padre.

Orfandad en el cuerpo, con eje, sin orillas: oceánica sequía.

Mi padre será un autodidacta nato, un ciudadano ejemplar, un obrero calificado ejemplar, un católico ejemplar: tanto que para salvar la vida de mi madre, habrá ido a la sede episcopal a

solicitar el permiso de la Iglesia para que mi madre pueda suspender su embarazo, porque otra vez su vida correrá peligro. Yo estuve a punto de matarla, por eso ella trató de abortarme a escondidas de mi padre (me lo confesará años después). Sí, mi padre será un hombre recto y congruente: lo amaré y lo extrañaré cada vez más.

La niebla crecerá con mis huesos, se pegará a las membranas de los ojos, desatará la furia ciega, el huracán de la tristeza.

Aunque participaré tanto como ellos, para el grupo de teatro seguiré siendo la hermana de su maestro. Nunca me tendrán verdadera confianza.

¿Recuerdas cuándo tenías como tres años y te ponías con las piernas cruzadas, y papá te agarraba por las axilas y te alzaba sin que descruzaras las piernas en el aire? Me preguntará Adrián: Parecías uno de esos faquires de la India, sonreirá: No recuerdo casi nada de antes de los nueve años, diré.

Escribiré como si alguien me dictara las palabras. A veces creeré ser una especie de médium; aunque no sabré de quién.

Si no me voy no sé lo que pueda suceder, le diré a Dolores. El pretexto será la escuela, pondré como primera opción su dirección: mi hermana decidirá apoyarme, sabrá que mi madre y yo, ya no podremos seguir juntas ahora que murió papá.

No lograré abrir el verso como abre el cuchillo a la sandía. En la pulpa de mi lengua las palabras se ahogarán.

Me aceptarán en la escuela, con todas mis primeras opciones. Será imposible seguir en el grupo de Adrián. Sentiré tristeza y también alivio. El teatro revelará muchas veces la verdad.

“Cuántas cosas nos pasan que los demás nunca saben, que nosotros no entendemos; pero nos pasan y nos arrastran hacia nuestro propio olvido”. (Escribirá Adrián muchos años después en una de sus obras de teatro. Y esas palabras vibrarán en mí cuando por fin comprenda).

Sale al patio, cuando me ve abre los ojos desmesuradamente. Hay mucha sangre: aprieto con más fuerza el pescuezo del pollo, que de pronto es el cuello de mi sobrina Ana, la hija de Olivia y Gustavo, dentro de la tina llena de sangre la niña me mira con espanto. Olivia entra corriendo a la casa, con las manos llenas de sangre corro tras ella. Les dice, a mi madre y a mi padre, lo que he hecho. Mi madre clava la punta roja de sus ojos en mí. Mi padre, de pie junto a ella, permanece cubierto de la cabeza a los pies con una manta negra; no puedo verlo. Despertaré gritando.

Esteban apenas podrá moverse. Seré testigo de la furia de su padre: lo golpeará de tal forma, pero en el cuerpo, nunca en el rostro. Ya había pasado antes; pero no comprendí entonces lo que le sucedía. Nunca habrá dicho nada.

El plan funcionará. Tendrá que huir a otro Estado: ahora él también se habrá ido de su casa, habrá escapado del maltrato paterno. Me sentiré como la heroína de un cuento. Dolores, se arrepentirá un poco cuando sus padres vengan a amenazarme, a amenazarnos. Pero aguantaré la presión. Diré que no sé nada de él.

Me dará tristeza como Dolores tratará a Alberto, no entenderé por qué se enojará tanto cuando le regale cosas que la ayudarán a trabajar menos en la casa.

Por algún tiempo todo será como una aventura, con Dolores iré a conciertos y a museos.

Esteban estará bien, y pronto regresará. Mi hermana creerá que quiero casarme con él. Yo ni siquiera podré imaginar tal cosa.

Alguien vendrá, echará abajo la puerta: todas las protecciones y me arrancará el corazón.

Viviremos juntos; pero no dormiremos juntos. Lo querré como si fuera mi hermano. A veces tendremos sexo, pero jamás dejaré que me penetre.

Comenzaremos a correr en el parque cercano los fines de semana. Al principio iremos todos, primero dejará de ir Dolores, luego Alberto y mis sobrinos, después Esteban. Correré sola, y será como si corriera lejos de mí también. Una sensación increíble.

En la escuela me haré amiga de un grupo de muchachos: seremos tres mujeres y tres hombres. Esteban se cambiará de plantel desde que vive en casa de Dolores, e irá después del trabajo. También él habrá hecho nuevos amigos.

Cada vez me costará más trabajo soportar sus caricias. Le pediré que seamos amigos, él dirá que se matará si se lo vuelvo a pedir. No insistiré, me dará miedo que sea verdad.

De pronto caeré dentro de mí. Será una sensación extraña: por eso me gustará correr: cuando lo haga desapareceré durante un tiempo. No sabré adónde me iré, pero me sentiré libre. Después entraré en mi cuerpo y percibiré el cansancio en las piernas, la comezón en las encías, la necesidad del aire.

Les confesaré a Dolores y a Esteban que me siento atraída por las mujeres. Un amigo de mi hermana, que es psicólogo, dirá que debo tener coito con Esteban: creará que es cuestión de desconocimiento.

Correré lo más rápido que pueda: necesitaré desaparecer por completo. La sensación será absoluta. Nada existirá. No habrá bruma, no habrá ruido, no habrá nada. Simplemente seré algo que no es; y lo es todo.

No lo soportaré, Esteban dirá que lo entiende y no insistirá. Seguiremos teniendo sexo alternativo. Crearé que él es bueno.

Soy; pero no esto... y sentiré como si se agrandara por dentro la conciencia.

Cuando venga todo desaparecerá. Lorena no será bonita, pero tendrá algo, no sé qué me pasará. La lengua se me volverá un trapo entre los dientes: tartamudearé y me sudarán las manos. Nadie parecerá notarlo.

Con mis amigos podré bromear, incluso si los ojos se me van tras alguna chica. Ellos pensarán que se trata de competencia, yo no aclararé nada.

Otra vez me dirá que si lo dejo se matará. Sentiré que él es responsabilidad mía: gracias a todo lo que le dije se fue de su casa.

Dolores se sentirá mal continuamente, siempre dirá que está bien; pero yo sabré que le pasa algo. También que no me lo dirá.

La luz rojiza brillará abierta, llena de aire, de belleza. De su capullo saldrá la cabeza del sol. Desde el descanso en la escalera observaré el amanecer a través del ventanal de la sala. La lluvia de luz me acariciarán el corazón: sentiré que esto es ser feliz, pero durará muy poco. Segunda conciencia de la imposibilidad.

Lorena vendrá sin previo aviso. El corazón será una pista de coches de carreras. Estaremos platicando con Dolores y se hará tarde. Ella le pedirá que se quede, podrá dormir conmigo: no hay mucho espacio. Yo no podré abrir la boca, sentiré que me voy a desmayar. Por todos los medios, intentaré retrasar la hora de acostarnos.

Ya en la cama, hablaremos un rato, no podré moverme. Ella, siendo mayor que yo creará que todavía soy una niña. Permaneceré inmóvil todo el tiempo en tanto la escucharé, apenas, hablar de su familia, de su novio, de su pelea. No podré soportarlo más. Le daré un beso en la boca, saltaré de la cama y correré al baño. Sentiré terror de lo que he hecho.

Cuando regrese, ella no se moverá. Pensaré que se ha dormido, me acomodaré con cuidado para no despertarla. Por la ventana el cielo habrá comenzado a aclararse. Ella dirá: ¿Siempre dejas a medias lo que empiezas? Volveré a besarla, le diré que no sé qué más hacer: nunca antes estuve con una chica. Ella reconocerá que tampoco sabe; volveremos a besarnos, nos acariciaremos. La puerta se entreabrirá: veré el rostro de Esteban, cerrará de golpe.

A mí no me importará, que haga lo que quiera: seré feliz.

Esteban volverá a decirme que se matará. Yo le diré que haga lo que quiera, no puedo ser cómo ellos quieren. Ya no voy a forzarme. Las cosas entre nosotros empeorarán.

Días después, Lorena regresará. Cuando salgamos a la calle, dirá que tiene que hablar conmigo: fue una experiencia bonita; pero a ella le gustan los hombres: Más vale tener una buena amiga, que una mala amante, asegurará.

Está completamente tapado por una sábana blanca: veo cómo sube y baja ésta, de acuerdo a su respiración; no me muevo. No entiendo por qué mi padre está acostado debajo de la sábana como si estuviera muerto, si lo veo respirar. Despertaré con el corazón a punto de estallarme.

Adrián me mirará sorprendido: ¿Todo está bien?, preguntará asomándose al pasillo, como buscando a Dolores: Vengo sola, le informaré: ¿Puedo pasar? Preguntaré sin atreverme a entrar, desde hace meses vive solo y puede estar ocupado: Soy como tú, le aseguraré con orgullo mientras tomamos café. Su mirada triste me envolverá: Durante mucho tiempo rogué que no lo fueras, dirá, y yo entenderé muy bien porque.

Decidirá irse. Al despedirnos, en sus ojos veré odio. Días antes, mientras se baña, dejará su cartera abierta sobre la cama. El retrato de una joven me mirará desde la mica. No sentiré pena, ya sabré que no se matará.

Frente a los tres me siento como en el banquillo de los acusados. Del lado derecho está mi madre, del lado izquierdo, Dolores. En el centro está él, mi padre, cubierto por una mantilla negra, de tejido precioso; no logro verlo. Nadie se mueve; pero en el aire aún vibran las palabras que me acusan. Mi hermana Dolores me moverá repetidamente. Tenías una pesadilla, argumentará.

Un cuarto nunca será propio cuando es compartido, y aún menos cuando además hay otra: sombra inclinada entre los libros, hurgando siempre en las heridas, tomando notas para nombrar en sus cuadernos la imitación más fiel de la vida que el original no tiene. El Frankenstein de lo invisible, perceptible e inconcluso.

Lorena no regresará, creeré que no quiere hacerme daño. Las palabras son túneles que forman pozos internos. Dolores afirmará que es lo mejor. No entenderé para quién.

De madrugada iré con mi cuñado Alberto a comprar los víveres de la semana. En medio de un puente, descubriré abajo, una calle con interminables bardas grises: el alumbrado público arrojará una luz amarilla insoportable, una figura diminuta caminará en soledad. Sentiré angustia, un dolor agudo, apenas reprimiré el llanto. No entenderé por qué me da tanta tristeza la luz amarilla.

Iré a correr más seguido. La sensación de salirme del cuerpo será como una droga que necesito para sentirme mejor.

Habrà días que no pueda ir ni a la esquina, me faltará el aire. Dolores creerá que estoy deprimida, yo sospecharé que se trata de lo mismo: no será la primera vez que siento esa parálisis, esa tristeza. Pero no sabré por qué. No podré salir.

Con el grupo de la escuela me sentiré a gusto, pero me será imposible ser del todo sincera: me dará miedo: al estar con ellos me sentiré una más. Ellos se habrán dado cuenta de que estoy triste. Yo les mentiré sobre la razón.

Cerraré puertas y ventanas: no habrá lugar seguro.

Los pulpos de sus ojos me atraparán. Primer impacto. No sabré quién es ella, pero enseguida sabré que yo no podré huir, y tampoco querré.

Sonia y su madre se hospedarán en la casa: resultarán ser familiares de Alberto. Desde su llegada no sabré dónde tengo la cabeza. Cada que la mire el corazón se me caerá al suelo. Ella se habrá dado cuenta, me verá con malicia y me cerrará el ojo.

El amor: ese disfraz del deseo.

Chocaremos en el pasillo. No podré dejar de mirarla: estaremos solas en la casa. Sonia sonreirá y me dará un beso en la boca: la sangre golpeará todas mis membranas, a lo lejos apenas distinguiré la voz de Dolores que estará llegando con la madre de Sonia, ella me mirará y antes de alcanzar la escalera me cerrará un ojo.

Habrá una larva en la cueva de mi boca. Alguien me arrojará un puñado de luz y la palabra ocupará el vacío.

Ahora nos besaremos por todos los rincones de la casa. Se acelerará el momento de su partida.

El temblor será incontrolable, recorrerá mi cuerpo en oleadas salvajes. Por las venas, el calmante líquido, irá levantando pequeños atalones, poco a poco el oleaje se calmará.

La asistente social del Colegio me dirá que si vuelvo a tener otro episodio de pánico deberé ir inmediatamente a un hospital. Como si fuera tan fácil.

Comenzaré a beber a escondidas. Mi cuñado tendrá una cantina surtida.

No podré salir: me faltará coraje para cruzar la puerta, otra vez la parálisis me quitará el aliento. A veces pensaré que estoy loca.

Estaré triste, los muchachos intentarán levantarme el ánimo. Yo no les hablaré acerca de su partida, ni de mi temor a no volver a verla, pese a que me juró que volverían pronto. Habrán pasado meses.

Nos iremos de pinta. Deambularemos durante un rato, luego Omar dirá que podemos ir a su casa: sus padres regresan hasta muy noche y su hermana se habrá ido de fin de semana.

Beberemos. Jugaremos cartas. Nos dividiremos por parejas. Yo platicaré con Omar. Las otras dos parejas empezarán a besarse. Seguiremos hablando, Omar me dará un beso cuando menos lo espere. Horrorizada casi gritaré: Me gustan las mujeres.

Todo se detendrá de golpe, los cinco me mirarán incrédulos. Descubriré sorpresa y hasta asco en sus ojos. Me levantaré del sillón y tomaré mis cosas: Será mejor que me vaya, diré ante la espada de su silencio.

Como las mosca, dirá Alejandro: Eres como las moscas: no necesitas del macho para tener sexo - su risa dará la bienvenida a la de los demás: mis antiguos amigos. No sentiré nada, en esos casos siempre será mejor no sentir. Y yo sabré ocupar el caparazón de la tortuga desde hace tiempo.

Las palabras serán hachas que dibujen nuevo senderos en mi selva interior.

Ahora todos los compañeros lo sabrán, mis *amigos* se encargarán de que así sea. Durante los descansos, como en la primaria, huiré a los sitios más solitarios.

Murmullos y risitas. A mi paso se volverán los rostros. Cuchicheos y palabras hirientes. Chiflidos. Caminaré lento como si nada de eso tuviera que ver conmigo, como si no me aterrorará la posibilidad de que me hagan algo, como si no necesitara escapar. Crearé que se desconciertan.

Será apenas el esbozo de la invisibilidad que vuelve; pero diferente: ahora sólo podrán ver esa parte de mí.

Beberé desmesuradamente para contrarrestar la parálisis.

Juan ingresará en el semestre siguiente: nos haremos amigos desde el principio. Su amaneramiento será evidente: ahora seremos dos quienes recibamos los chiflidos. Lo único malo será que él faltará continuamente.

Regresará como me prometió. Por fin, además de los besos, sabré qué más hacer con otra mujer. Sonia recibirá la ofrenda de mi virginidad. Nunca habré sentido eso. Valdrá la pena el infierno de las burlas.

Le diré a mi madre que en las vacaciones me iré con Sonia. No me dará dinero, gritará: Tú no te mandas sola, todavía faltan unos meses para que seas mayor de edad. Yo le aclararé que le estoy avisando para que no me espere. Me mirará incrédula; pero ya no dirá nada.

Sin previo aviso la niebla lo ocupará todo. Sentiré una tristeza inexplicable. Sonia me consolará; ni siquiera eso podrá arrancar la losa sobre mi pecho.

No sabré nadar: ¿Y si me hundiera? ¿Si hablara para siempre con los peces y las burbujas mudas del oxígeno que se acaba, como se te acabó a ti? Daré el paso, desde el muelle la mano de Adrián: mi doble, diferente pero de mi misma sangre, me recogerá en el aire antes siquiera de que mis pies rocen el agua turbia de ese mar triste. Segundo intento de fuga; esta vez por mi voluntad.

Sonia hablará largo rato con Adrián, sé que hablarán de mí: a veces se volverán a mirarme. Apenas me importará, querré morirme, por lo menos regresar; pero aún faltará una semana. Adrián casi acabará de llegar.

Todo será igual, y totalmente distinto: por primera vez me haré consciente de los barrotes de la bruma.

Las palabras son actos energéticos e intangibles que nos forman y nos deforman. Horma de los cuerpos.

Me llamaré: molécula, mamífero, mentira, materia, mirada, mujer, manflora, melodía, monstruo, manifestación, miedo, metáfora, manuscrito, mente, movimiento, medianoche, maravilla, melancolía, mortaja.

Juego de resistencia, de comparaciones: dejaré de ser la preferida, ella jugará con otras adolescentes como yo.

Buscaré algo que no encuentro. Necesitaré creer en algo; pero no podré creer en la religión que me niega. Hay tantas cosas que no se ven; pero que están ahí.

Su beso jamás doblará la punta de mi amor hasta agotarlo.

Yo no seré la que tú eres. Ni tú serás la que yo soy: dos vertientes de la misma máscara. El cuchillo, la punta de su filo junto al ombligo, su escozor, punto rojo, escozor. Luego habrá otra mano, y no llegará a hundirse. Tercer intento de fuga.

Nadie dirá nada, nadie mencionará la apuesta, la rudeza, la lucha por el cuchillo, el punto de sangre junto al ombligo, nadie me delatará. Pero empezarán a mirarme de otra forma. Por lo menos habrán de disminuir sus burlas. Cuando se entere, me convertiré en la heroína de Juan.

Las palabras volarán, se diluirán en el cuenco de la oreja, serán miel sobre la boca dolorida, alimentarán la pira de la hoguera. Las palabras desarrollarán las alas de los cuerpos; pero también serán las armas con las que los cuerpos se destruyan.

Por todos los medios Dolores le hará saber a Alberto que no lo soporta. Yo sentiré pena por él: será increíblemente paciente y bondadoso.

Por periodos no sentiré nada, me sorprenderé y me alarmaré al darme cuenta. Juan dirá que eso suele pasar. Nos iremos de pinta, por lo general a su casa. Conoceré a su madre, Juan no tendrá hermanos. Me enseñará su ropa de mujer, me dará miedo su vida nocturna, los antros que visita.

Se acercará hasta mi escondite, detrás de los laboratorios, yo fingiré no verlo. Omar se detendrá frente a mí, sin apartar los ojos del libro; me pondré alerta: ¿Puedo? Preguntará, alzaré los hombros. Sin decir nada se sentará a mi lado en silencio. Después me dirá que quiere volver a ser mi amigo. No sabrá por qué se ha dejado llevar por los demás, si la que le cae bien soy yo: Sin importar como seas, agregaré.

Cada vez menos sus letras tocarán el buzón de la casa. Sabré que hay otras, otros, ella nunca lo habrá ocultado.

Omar me dirá que la mande al diablo: Es una abusiva. Lloraré sin poder evitarlo. Me dará gusto que él esté conmigo. También que acepte a Juan; aunque con reticencias.

Checaré y volveré a checar los seguros de las puertas, las dos vueltas de llave; el corazón desbocado en el estómago abrirá las compuertas del vómito.

Encaramados en el techo de los laboratorios, con Omar beberé cervezas y escucharé música cada viernes luego de clases. Por lo regular Juan nunca irá a la escuela los viernes. Los demás casi ya no se meterán con nosotros. Cuando le griten: Juanita, él se volverá y reirá: Mejor Juanita, a puto reprimido. Nos reiremos los tres. Ya no nos quedaremos callados.

Del cadáver de lo innombrable irán surgiendo las negras larvas de mis letras.

Con Dolores no podré hablar de todo lo que siento: ella también estará mal, la veré comportarse de forma muchas veces extraña. Me asustará no poder ayudarla.

El poeta es, a veces, traductor de lo innombrable, me parecerá entender que eso dirá mi maestro del taller de poesía de la Casa del Lago, no sabré: quizá sea así, escribiré para tener valor y salir.

Las pesadillas con mi padre se acabarán, dejaré de soñarlo. Eso me tranquilizará porque eran sueños inquietantes y absurdos. Seguiré extrañándolo.

No podré escribir las largas tramas de una historia: con facilidad pasaré a otra cosa. Viajera efímera de los efluvios.

Una oración se incuba como un gusano; pero no todos los gusanos tienen después alas.

Omar y yo hablaremos por teléfono hasta la madrugada; no soportaré cómo se expresará de Sonia, sabré que en el fondo tendrá razón; sin embargo, me dolerán sus palabras, por eso comenzaré a evitarlo.

La niebla nunca se disipará: será como vivir dentro de una nube, sólo presintiendo lo que hay detrás.

Juan dejará de ir a la escuela. Cuando vaya a buscarlo me dirá que su madre habrá decidido volver a meterlo a una escuela particular. A él le dará lo mismo, estará inmerso en la vida nocturna y los antros homosexuales. Me alarmaré y él me pedirá que no me preocupe.

Los días se convertirán en una eterna noche con luz. La soledad será mi más ferviente seguidora.

Veinte pastillas, tres tragos de alcohol del noventa y seis; sesenta pastillas, seis tragos de alcohol del noventa y seis; noventa pastillas, nueve tragos de alcohol del noventa y seis. Amortización de los sonidos, las llamas del infierno en la garganta, elasticidad del espacio, temblor incontrolable, lejanía. Casi enseguida habrá agua salada ingerida a fuerzas, café negro, lavado estomacal: vómito, diarrea. Los reproches de Adrián, también los de Sonia, como si no tuviera nada que ver con esto... y tal vez tendrá razón. Cuarto intento de fuga.

Lluvia de sílabas rotas mojará mi cara.

Todo acto será un fingimiento de la verdad que fluye bajo la piel. Siempre tendré la sospecha de no ser lo que creo ser o lo que ven que soy: será como si encarnara las diminutas formas de mi no existencia y sus fingidos gestos.

Sonia dirá sin usar palabras: Es imposible continuar. Sus ojos serán pájaros en continuo vuelo.

¿Qué carrera elegiste?, preguntará Omar en la ceremonia de despedida. Periodismo. Él irá para Artes plásticas: Espero que no te sigas alejando, dirá y descubriré un reproche en su voz: Claro que no, contestaré sabiendo que es justo lo que haré.

Por fin el encuentro con las semejantes: la desafiante realidad de la existencia. No tenía conciencia de que fuéramos tantas, tantos. Me sentiré mareada.

Luego de la indecisión en la banqueta, me uniré al final del contingente. Con timidez susurraré las consignas. A medida que la manifestación avance mi voz se volverá grito. Terminaré hasta adelante con una pancarta en la mano gritando a todo pulmón. Apenas lograré cubrirme el rostro, a la altura de los ojos, cuando estalle el flash del periodista: Mi madre, pensaré con angustia.

En el puesto de periódicos descubriré mis ojos en un periódico alarmista: *Los mujercitos invaden las calles*. Lo compraré con una sensación ambigua.

Iré a buscar a Juan para contarle, su madre me dirá con la mirada vacía: Juan está muerto. Lo asesinaron hace dos meses. Lamento no haberte avisado, no sabía dónde encontrarte, pero vinieron muchos de sus amigos, me revelará. No podré dejar de llorar: ¿Cómo fue?, preguntaré incrédula: Lo apuñalaron, y lo fueron a tirar a una barranca, tardé tres días en encontrarlo. Dicen que fue por travestí, es posible que quién lo mató, lo hiciera al descubrir que era hombre y no mujer, aclarará: Eso me dijo la policía. Sentiré miedo y rabia. Nunca le dije cuánto lo amaba.

Me sumaré al grupo de mujeres lesbianas, y el término no me aterrorizará. El mundo será una cebolla con muchas capas: por primera vez me sentiré plenamente viva.

Esperaré el camión cuando desde un auto en marcha, griten: Pinche maricón. Con disimulo me volveré a ver al sujeto de la agresión. Sorprendida, descubriré que se trata de mí: no habrá nadie más en la parada.

Vendrán al grupo diversas personas; en su mayoría, mujeres, para enseñarnos teorías y filosofías feministas, marxistas y hasta ecológicas.

Entonces lo comprenderé de golpe: será una verdadera anagnórisis en su sentido más puro. Desde ese momento decidiré ser mujer de manera obstinada, desmedida, desmesurada; pero sin parecerme a las mujeres diseñadas por los hombres.

En una librería de segunda mano encontraré un libro sobre meditación. Me parecerá que es justo lo que estaba buscando.

Mi madre y yo discutiremos por Adrián, en medio de la discusión, me dirá: ¿Qué, me vas a salir con que tú eres lesbiana?: Pues, sí, afirmaré ante sus ojos llenos de asombro: ¿No lo habías notado?, la retaré burlona. Evitará mirarme: Fuiste novia de Esteban, años, argumentará: Sólo para comprobarlo, le diré. Durante días se negará a hablar conmigo.

Estaré sentada en un asiento del metro: caeré en mi cuerpo y descubriré que lloro desconsoladamente, no sabré por qué estoy ahí, hacia dónde iría, o de dónde vendría.

Sobresaltada miraré el reloj. No sabré lo que he hecho en esas últimas tres horas. (No volveré a perder el tiempo de esa forma).

Con las piernas cruzadas intentaré no dejarme llevar por los ruidos. Tendrá rato que Alberto se habrá ido a trabajar, mis sobrinos se alistarán para la escuela. Abajo, Dolores preparará el desayuno, yo intentaré fijar mi atención en la entrada y en la salida del aire por mi nariz. Eso me calmará.

Tendré nuevas experiencias, nuevas bocas resbalarán sobre la mía; ninguna se quedará mucho tiempo: estaré aprendiendo a besar.

Estaremos todas. Joanna, la líder del grupo, dirá que Judith ya no podrá venir, se habrá enterado de que sus padres la internaron en un manicomio por lesbiana. Luisa, Mariana, Carla, Alma, Araceli y yo apenas lo podremos creer. Intentaremos planear algo para rescatarla; será descabellado, tendremos que aceptar nuestra horrible impotencia.

La ciudad dará un salto sobre sí misma. Al sacudirse dejará únicamente escombros. El Señor de la muerte inaugurará el banquete. Quienes sobrevivamos intentaremos contener con las manos los frágiles refugios.

Mi mano: boca de cinco labios aullará en el desierto blanco.

Me encontraré con mis compañeras del grupo, habrá tanto caos que no sabremos por dónde comenzar.

Habrá frío, sed. Habrá cuerpos mutilados: niños y niñas de la escuela a la que iremos apoyar, habrá vísceras expuestas, lamentos, alaridos: vomitaré. Habrá comida gratis, habrá acompañamiento. En todas partes habrá muerte. Habrá gritos y miedo. Habrá puentes de manos y corazones. Habrá manos incapaces de levantar losas. Habrá olores insoportables, habrá miseria humana, comercio de lo elemental, habrá violencia, mentiras. Habrá unión y desafío. Habrá persecución. Habrá silencio.

El gobierno se tardará tres días en reaccionar.

Durante años padeceré pesadillas. Nunca se lo diré a nadie.

La realidad de la explotación humana, es inhumana. Aflorará luego del desastre, entre las ruinas surgirán como flores marchitas las mujeres que han sido esclavizadas por un mísero sueldo.

Deberemos hacer algo. Recuperar los cuerpos, obligarlos a que paguen un poco del sufrimiento que han sembrado. Las costureras sólo esperaban que les pagaran la última semana.

Nos instalaremos en medio de las ruinas: seremos un puñado de mujeres.

Por la madrugada, cuando deje de circular el metro, escucharemos con claridad gritos apagados viniendo desde el edificio colapsado: incrédulas, pues habrá pasado más de una semana del terremoto, acecharemos cada ruido. Impacientes correremos hacia la barrera de soldados que rodearan los escombros: Hay gente viva allá dentro, ¿no la oyen? Hay que ayudarlas. Los soldados permanecerán impávidos: no se moverán ni nos dejarán hacer nada a nosotras.

Poco a poco se irán sumando más personas y colectivos. Ahora ya no será tan fácil que nos callen.

La conciencia de que hay mujeres vivas bajo los escombros del edificio nos volverá violentas contra los soldados que parecerán de piedra, durante las siguientes las noches, y hasta que dejemos de escuchar las voces, les gritaremos: ¡Asesinos!, será como si se lo gritáramos al aire, no se moverán. Intentaremos convencer a los familiares, del otro lado de los escombros, que nos unamos. Dirán que no quieren hacer política, sólo buscan recuperar los cuerpos de sus muertas.

Judith aparecerá un día en el campamento, vendrá con Joanna. Sus padres la habrán sacado del manicomio luego del desastre, y ella se habrá escapado de su casa: No volveré nunca, nos dirá. Ahora ya es mayor de edad y todo lo vivido la habrá cambiado para siempre. Nosotras estaremos felices.

Durante la madrugada solerán venir más soldados. También aparecerán motociclistas, que parecerán danzar alrededor de las fogatas, obligándonos a replegarnos mientras intentamos contenernos. La rabia y la impotencia serán sentimientos comunes junto con el miedo.

Échaselos, gritará el hombre al conductor de la grúa, con el cargamento de la maquinaria rescatada. Éste dudará, hará ronronear al camión frente a la hilera de mujeres que aguantaremos cantando: Échaselos, volverá a gritar la orden cubriéndose los ojos del sol que caerá a plomo. En un momento dado, el conductor abrirá la puerta: Si quieres hazlo tú, le gritará al hombre parado a un lado del camión. El sujeto se enojará, instará a los soldados para que nos hagan a un lado. Nosotras cantaremos: los brazos entrelazados. Los soldados nos encañonarán con sus armas. Nadie se moverá.

El campamento crecerá cada vez más. Ahora desde los vagones del metro, tendido sobre Tlalpan, muchas personas levantarán el puño en señal de apoyo.

Escucharé un estruendo. Por el rabillo del ojo la veré venir a toda velocidad, apenas lograré aventar a Mariana a un lado y saltar al otro, la camioneta atravesará como una ráfaga entre nosotras y doblará en la siguiente esquina, dos menos, antes del campamento.

Han intentado atropellarnos, gritaremos exaltadas cuando las demás compañeras lleguen corriendo para ayudarnos. Dos cuadras atrás, la viga atravesada, que cerraba la calzada, estará hecha pedazos.

Ahora cuando vayamos a botear comprobaremos varias veces que no nos sigan al volver al campamento, y caminaremos pegadas a la barda del metro o sobre la banqueta. Habremos tomado conciencia de que nos querían matar.

Tras la malla protectora en una de las calles adyacentes a la calzada, por las madrugadas veremos a los soldados destrozar, a culatazos, los rostros de los cuerpos recuperados de los escombros.

¡Criminales: ustedes están para ayudar, no para robar! Gritaremos detrás de la malla sin que ellos se inmuten, les quitarán todo lo que pueda tener valor. Con eficiencia desfigurarán a golpes los rostros de las trabajadoras para no pagar indemnizaciones. Serán las órdenes.

Seguirán llegando nuevas organizaciones. La presión crecerá. Ahora se hablará del asunto hasta en el extranjero.

La ilusión del amor generará espectros o duendes: dependerá del humor con que se vista.

Pensaré que tal vez esa mujer habrá llegado en uno de los grupos. Aunque me desconcierte, pese a sus miradas, su obstinada manera de negarse.

Me felicitaré por no haber entrado a la Universidad. Estas experiencias serán toda una Carrera y también la vida.

Por fin, la boca de Rebeca rodará sobre la mía en el colchón improvisado del asfalto. Creerá que sí es posible.

Tendré que amarrarme los labios de la mano para no decir. Mis compañeras creerán que mis versos, sonoros como son, reflejarán el sentimentalismo de lo pequeño burgués. Me dolerán los dientes de mascar el silencio.

Rebeca no mentirá, la que mentirá seré yo; mi obsesión de encontrar será la que tejará la ilusión del amor. Yo miraré desde lejos y la dejaré hacer.

Ayer le dieron una golpiza, dirá Alma. Vendré llegando, porque dormí en la casa de mi hermana. Mariana se lamentará de que los familiares de las trabajadoras nunca se hubieran querido juntar con nosotras para hacer presión. Ahora el líder de los familiares estará muy grave.

Dolores no entenderá la importancia del Movimiento, vivirá casi todo el tiempo en la calle como toda la gente que seguirá llegando, cuando vaya a la casa prácticamente ella no me hablará. Pero no podré dejar que su incomprensión me afecte.

En la fiesta de la casa de su madre Rebeca beberá de más, me sorprenderé de verla así, por lo general seré yo quien pierda los papeles. En determinado momento ella insistirá para que entremos a la casa. Me llevará a su cuarto. La fiesta seguirá afuera.

Estaremos en su cama, semidesnudas. No sentiremos cuando su madre entre. Indignada jalará a Rebeca por el brazo. Me aventará la blusa a la cara y me pedirá que me vaya. Rebeca le rogará que no me eche: Ya es de madrugada, la colonia es peligrosa, dirá consternada. Su madre no cederá, volverá a decirme que me vaya antes de que llame a sus hijos.

A lo lejos y a la luz del alumbrado público veremos, en la esquina siguiente, a los cuatro compañeros que se acaban de ir. Parecerán jugar, como si bailaran. Al principio, pensaremos que hacen eso. Alguien gritará: Los están golpeando. Cuando lleguemos hasta ellos, veremos correr a varios hombres. Los compañeros sangrarán en el suelo.

Nos encontraremos en el campamento. Rebeca estará descompuesta. Dirá que pronto iba a casarse, me sorprenderé porque no me había dicho nada; pero se verá tan mal que sólo escucharé. Su madre le habrá dicho que si no lo hace se deberá ir de la casa. No puede tolerar que sea de esta manera. Le diré que si quiere puede irse conmigo: me sentiré responsable.

El Movimiento tomará tanta fuerza que terminarán por cederles un predio del otro lado de la calzada. Se formará un Sindicato. Las organizaciones de la sociedad organizada seguirán llegando.

Alberto, mi cuñado, me dirá que se debe ir cuanto antes: Ya no soporto más, si me quedo terminaré matando a tu hermana, confesará con voz tranquila. Sentiré un escalofrío recorriéndome de pies a cabeza, sabré que será cierto. Se irá al otro lado. (Lo volveré a ver una vez más, cuando venga de visita, antes de su muerte).

Muchos otros grupos ahora las acompañarán: estas mujeres que apenas podían hablar ante el terror de perderlo todo, ahora prepararán discursos y organizarán Encuentros, con otras mujeres como ellas. Nosotras ayudaremos en la logística del evento.

Descubrimiento tardío: habrá otros que pueden ayudar en la fuga, sólo será cuestión de ponerse a su alcance: encontrar una causa que nos parezca justa y el odio del contrario desatará a sus perros. Después, sangre molida, el cuerpo, la cabeza destrozada: esa estructura que se quebrará, contra la cache de la escuadra y contra las puntas de metal de las botas; pero que no se romperá.

No sabré de dónde viene esa persistencia del cuerpo. (Me crecerá una bola en la cabeza, con los años, cuando esté mucho tiempo bajo el sol, me arderá como si me untaran chile. Lentamente se reducirá de tamaño hasta el de un chícharo y dejará de arderme).

La imposibilidad física de seguir, no será la única causa: también habrá desilusión. La mayoría ya no seremos las jóvenes ingenuas que entramos al grupo queriendo cambiar al mundo: habrán surgido los desacuerdos, las diferencias, las posturas. Rebeca y yo nos revelaremos contra las imposiciones de Joanna. Nos apartaremos; ya no seremos necesarias, habrá muchos grupos.

Se cerrará un ciclo. Ya no seré la misma. ¿Alguna vez lo he sido?

Mi madre aceptará a Rebeca sin más preguntas. Le dará miedo mi forma de ser, como con Adrián preferirá el silencio.

Faltará el aire, habrá una roca enorme sobre mi pecho, no podré respirar, nadie podrá verla; yo la sentiré.

Lentamente nos iremos separando de las compañeras del grupo; la relación con Alma seguirá adelante; aunque nos veamos poco.

A las seis de la mañana tendremos que estar checando la tarjeta de la entrada a la fábrica de juguetes. Rebeca y yo estaremos en líneas diferentes.

No podré traer mi propia comida al comedor de la fábrica. Tendré que comer forzosamente la comida de aquí. Al principio nunca me comeré la carne; con el paso de las semanas el hambre será tan grande: doce horas de pie en el mismo lugar, que abandonaré mi dieta vegetariana.

Me sangrarán las yemas de los dedos. Mi trabajo, como el de muchas, consistirá en acomodar los juguetes en el cartón, meterlos en la caja y cerrar con cinta adhesiva las dos tapas. Todo en el menor tiempo posible, sin importar que los pedazos de piel se queden pegados a la cinta. Con el tiempo me los envolveré con masking, todavía así me sangrarán.

Un minuto en la línea podrá ser eterno. Y cuando haya alguien que te tomará el tiempo con un cronómetro, también podrá ser increíblemente humillante. Demasiadas subcategorías para poder explicar la experiencia del infierno.

Los fines de semana saldremos sólo lo indispensable. Estaré tan exhausta que apenas podré moverme: me dolerán los pies. Rebeca tendrá una energía increíble. No parará nunca.

Hablaremos con las trabajadoras. Poco a poco iremos haciendo conciencia.

En nuestras respectivas líneas, Rebeca y yo, habremos iniciado un movimiento de tortuguismo. Cuando vengan a medirnos el tiempo, todo va a ser más lento. Así por lo menos podremos darnos un respiro, y hasta rascarnos la nariz cuando nos dé comezón.

Nuestra relación sexual estará muy deteriorada: no sabré si será el cansancio, la falta de tiempo, la falta de intimidad: ahora viviremos con mi hermana Sandra y mis sobrinas Julia y Andrea, Manuel se habrá ido también de mojado; pero ya no tendrá nada que ver con los primeros meses.

Le propondré a Rebeca que abramos la relación. Se negará: Mi corazón no es un condominio, argumentará.

Los capataces vendrán más seguido a acelerar nuestras líneas. Nosotras intentaremos que todas las compañeras aguanten la presión.

De buenas a primeras Rebeca me dirá que está de acuerdo en abrir la relación: Pero nada de mentiras, aclarará.

No nos daremos cuenta de que los directivos nos estarán mirando.

Los fines de semana Rebeca y yo comenzaremos a salir, cada quien, con una chica de la fábrica.

Después de seis meses. Se acabará la temporada. Ahora habré comprendido en carne propia la teoría de *El Capital*. Por primera vez habré experimentado categóricamente lo que decía Marx.

Poco a poco la distancia se agrandará entre las chicas de la fábrica y nosotras. Tal vez hayan decidido dejar de probar eso del lesbianismo.

Dolores se tendrá que ir con mi sobrina Brenda, al otro lado, Raúl, que vivía con Alberto estará solo cuando mi cuñado muera en un accidente. Lo sabré antes de que me digan, me deprimiré, Alberto era para mí como un segundo padre. Ellas se quedarán allá. (No nos volveremos a ver).

Venderemos cosas, haremos lo que podamos en lo que se abre la nueva temporada. Aún quedará mucho trabajo por hacer en la fábrica, crearemos con firmeza.

No podré caminar. De la noche a la mañana amaneceré con los pies hinchados, sin que las piernas puedan sostenerme. Rebeca tendrá que cargarme para llevarme al baño. El doctor no dará con la causa. De la noche a la mañana, amaneceré completamente bien luego de quince días. Será el primer episodio.

Lucharé contra la parálisis en mis articulaciones (durante los siguientes veinte años, a causa de una infección que ningún doctor podrá detectar. Los episodios, cada vez más largos y menos espaciados, me impedirán caminar debido al dolor). A la parálisis interior se sumará la externa.

No querrán volver a contratarnos en la fábrica para la nueva temporada. Seremos un mal ejemplo para las demás: Sabemos lo que hacen, las hemos estado vigilando, argumentarán. De hecho habrán enviado un boletín con nuestros nombres a las fábricas de la zona.

Irónicamente comenzaremos a trabajar reparando la portada de una iglesia. Con Rebeca bromearé sobre nuestra vocación escondida.

Sentiré que me quiere; pero me sorprenderá su constante mutismo; aunque también me atraerá ese misterio. No sabré la razón, pero eso me provocará ganas de protegerla; sin entender de qué.

Manuel mandará por Sandra y mis sobrinas. Las cruzará un coyote. Sandra me contará que tuvo mucho miedo: pasan cosas terribles; evitará describirme los detalles. Por fortuna ella y las niñas se reunirán con Manuel sanas y salvas. También se instalarán allá. (No volveremos a vernos).

Las cosas no marcharán entre nosotras. Rebeca dirá que soy muy agresiva cuando bebo: lo sabré; pero no podré evitarlo. (Siempre padeceré de la enfermedad de la ira).

Me costará trabajo subir al andamio, sentiré una punzada en la axila del brazo izquierdo.

El trabajo durará seis meses. Al terminar nuestra jefa nos ofrecerá trabajar con ella en su taller.

Sin querer me convertiré en alguien que compone las cosas rotas. A veces me odiaré porque no podré repararme.

Nuestra antigua jefa, ahora también será nuestra maestra.

Adrián vendrá a verme. Sin mucha explicación me extenderá una hoja. No entenderé lo que dice, me parecerá que se trata de otra lengua. Él me observará desde un equilibrio insoportable: Dicen que me voy a morir, afirmará. Las palabras se atorarán en mi garganta.

Tendré pesadillas; también dormida. (Durante años, viviré con su muerte día con día: gusano que se arrastra a través de la piel).

Nos iremos a trabajar fuera. Aun así no me separaré de Adrián, lo llevaré adentro como si fuera un muñequito.

Habrà muchas mujeres jóvenes trabajando en la obra. Me sentiré atraída por Lucero. Evitaré cualquier contacto. Ella me buscará constantemente.

Creeré que Rebeca también se sentirá atraída por alguien.

Mi madre se enterará de la enfermedad de Adrián, dirá que no entiende cómo puede ser de esa manera: me parecerá ver en sus ojos la idea de un castigo. Ella no agregará nada.

En la obra también conoceremos a Raquel. Desde el principio me sentiré atraída; ella ni siquiera me mirará.

Con el tiempo su apariencia saludable parecerá desmentir la condena a muerte. Adrián y yo hablaremos de eso. Empezaremos a jugar con la *Crónica de una muerte anunciada*.

Lucero me mirará con decisión, dirá: Nunca antes sentí esto por una mujer; me gustas mucho. Quiero que me enseñes.

El deseo y el placer serán dos invitados frecuentes a nuestra casa. Pero entre Rebeca y yo no pasará nada. Ella también tendrá la mirada encendida.

Lucero me acariciará, y descubrirá una bola en mi seno izquierdo. Me quejaré, dirá que debo revisarme. A mí me dará miedo, por eso no le diré nada a Rebeca.

Llegaremos a la ciudad el fin de semana para la fiesta de cumpleaños de Alma. Rosa, la chica con la que saldrá Rebeca querrá venir: después no querrá regresar a su casa, dirá que su padre la golpea. No sabremos que es menor de edad.

Vendrán a amenazarnos cuatro tipos armados y el padre de Rosa. Nosotras negaremos que sepamos dónde está. Nuestra jefa hará que los saquen del convento. Pero nos esperarán afuera, vendrá a avisarnos Lucero.

Sabremos muy bien lo que nos pasará si nos agarran: lo hemos visto en sus ojos. Huiremos por el andamio de madera de la parte trasera del retablo. Y nos brincaremos la barda del convento.

Olerá a miedo. Mientras bajo lo más rápido que puedo, me dolerá la bola del seno, estaré a punto de caer. La angustia también casi me partirá las piernas; pero llegaremos hasta una base de taxis: A la terminal de autobuses, le pediremos casi gritando. En el trayecto, le diremos que nos traiga hasta México.

Rosa y Rebeca huirán a otro Estado, con familiares de Rebeca: Rosa se negará a volver, dirá que su padre la matará. Su temor sonará real, sabremos que si nos hubiera atrapado nos habría hecho matar, no sin antes hacernos mucho daño.

Hablaré por teléfono con nuestra jefa, me dirá: Los hombres que las buscaban entraron a la casa que rentaban Rebeca y tú, lo destrozaron todo y se llevaron lo que pudieron. Tengan cuidado.

No creeremos que haya sido nuestra culpa: nadie lo planeó.

Vigilan la casa de mi madre. Adrián vendrá al departamento de mi amiga Alma, donde me habré refugiado luego de la huida: Nos han amenazado, dirá: Ni se te ocurra acercarte por allá. Les hemos dicho que tiene meses que no sabemos nada de ti.

Lucero me llamará por teléfono. Acordaremos vernos; pero cuando ella quiera besarme la rechazaré. Sentiré mucha pena por ella: creeré que me quiere. Yo no tendré corazón para querer a nadie en ese momento. Le pediré que no me busque más.

Llevaré semanas sin saber de ellas; sabré que no las han buscado, todavía así me dará miedo, porque dieron con la dirección de mi familia.

Mi amiga Alma consultará con su primo abogado: éste le dirá que me entregue, que nos entreguemos. A ella no le gustará el consejo. Me llevará con su amiga Elsa. Tenía mucho de no verla. Fue al grupo varias veces a enseñarnos sobre diversas materias.

Elsa nos dirá que ni se nos ocurra entregarnos: Las refundirán en la cárcel, no sólo por el supuesto “rpto” de la menor, sino sobre todo por ser lesbianas, afirmará. Me aconsejará que no hagamos semejante cosa. Alma estará de acuerdo. Deberé ir a ver a Rebeca.

Iré hasta la casa de sus familiares. Apenas habrá escuchado lo que le diga: Vigilan a mi familia, porque me están buscando a mí. Rebeca me aconsejará quedarme en el departamento de Alma, luego agregará que lo nuestro se ha acabado. Rosa y ella, estarán de “luna de miel”.

En el corazón, sentiré el cuchillo de la deslealtad.

Regresaré para enfrentar la denuncia que han puesto en contra mía. Elsa me llevará con su amiga abogada para prepararme. Me preguntará por Rebeca, le diré que ella está feliz con su noviecita. Me mirará con conmiseración: Bueno, a ti fue a la única que denunciaron, agregará.

La audiencia terminará con la anulación de los cargos, debido a que como mujer, acusada de “rapto”, no podría reparar el daño casándome con la muchacha, ironía de mi abogada; al juez no le gustará. Pero desechará el caso al enterarse de que los hechos han ocurrido en otro Estado.

No sabré qué me duele más, si su abandono o su traición. La tristeza regresará con todo su poderío.

Alma no me dejará morir, me animará a volver, a regresar al ruedo, a seguir con mi vida. Seré como una maceta a la que tienen que cambiar de lugar para que tome el sol.

Sin ningún indicio, Rebeca regresará una mañana. Dirá que lo siente mucho, todo ha sido un error, me quiere a mí. Lo de Rosa se terminó. Claro, no la abandonará hasta que pueda valerse por ella misma. Pero sentimentalmente se acabó.

No sabré qué sentir, qué pensar. Creeré que la costumbre será una cuerda fuerte. Sin mucha resistencia terminaré por aceptar sus disculpas, sus justificaciones.

No, no seré buena, seré pusilánime. Le temeré mucho al regreso de la soledad.

Alma nos propondrá, a Adrián y a mí, la posibilidad de formar parte en un protocolo experimental para contrarrestar su enfermedad. No habrá nada seguro: Se sabe poco de ella, explicará. Adrián aceptará: No hay peor lucha que la que no se hace. (Adrián estará dos años en el protocolo).

Nuestra antigua jefa volverá a contratarnos para otro trabajo. Sabrá que pasamos por un mal momento. Volveremos a salir de la ciudad.

Alma se enamorará de una mujer y se mudará a Dinamarca, nunca le agradeceré lo suficiente el habernos ayudado a Adrián y a mí.

En la nueva obra nos reencontraremos con Raquel, seremos pocos. Sin mucho esfuerzo nos acercaremos, entablaremos largas conversaciones luego del trabajo. No sabré lo que piensa Rebeca, dirá que Raquel le cae bien. Yo sentiré una gran conexión con ella.

Fueron cuatro tipos, dirá Adrián con los ojos rojos, el rostro endurecido. Le temblarán las manos: Hay que denunciarlos, ir a la policía, diré con la impotencia de la rabia: ¿Para qué también me violen los policías? Preguntará con sarcasmo: En este país nos odian, agregará, y yo sabré que tiene razón.

Gustavo también me lo hizo: ¿te acuerdas aquella vez en el baño?, volvió a pasar otras veces; pero esa fue la única vez que me pegó. No sé, se trataba de otra cosa, él es mi hermano. Nunca me sentí así, me revelará Adrián con los ojos tristes. Yo no sabré qué decir, no entenderé la diferencia.

Las tres nos haremos amigas. Pero Raquel conversará más conmigo, creeré que también siente atracción por mí; aunque dejará claro que ella es heterosexual.

Adrián y yo volveremos hablar de su violación. Me contará que esas horas fueron horribles: los hombres además de feos eran grotescos y violentos. Me confesará el miedo que tuvo de ser asesinado después. Me hablará de su ferviente deseo de contagiarlos. Yo no sabré de nuevo cómo consolarlo ni calmar su dolor.

Tiempo después de la bota estallando contra el seno crecerá una granada doliente en el costado. Habrá que extirparla. Temeré que sea cáncer.

Resultará ser un absceso por traumatismo: Debió tratarse de un golpe muy fuerte, dirá el médico: Y se desarrolló de ese modo porque lo dejó pasar demasiado tiempo, me reprenderá.

Has hablado durante toda la operación, dirá el cirujano. Una vergüenza inexplicable me hará temer la delación de los indicios: No se te entendía nada, asegurará ante el calor de mis orejas, y seguramente de mi rostro sonrojado.

Cada letra tendrá su propia respiración: obligará a cerrar la boca, a abrirla, deformará las comisuras de los labios, tensará las cuerdas, las relajará: parecerá tan natural que se olvidará su artificio, los siglos de su construcción, la forma en que se han hecho materia.

Cuerpos desmembrados, dolientes, heridos, me perseguirán. Intentaré otra vez, desvanecer esos sueños, esas pesadillas que no cesarán. No hablaré de ello: tendré miedo de que al hacerlo vuelvan a materializarse.

Quedaremos para tomar un café, Rebeca no querrá ir. Le diré a Raquel que me gusta, ella intentará bromear, luego se pondrá seria por mi declaración, me pedirá que nunca más insista en eso: me querrá mucho; como amiga. Yo jamás volveré a mencionarlo.

Nuestra relación habrá caído en el mutismo franco. Rebeca lo resolverá saliendo con otras mujeres. Irónicamente yo que hice la propuesta, casi no podré hacerlo. Supondré que soy una mojigata de closet.

Adrián caerá en una depresión, no querrá dormir. Cuando hablemos me confesará que ha tenido sueños con los hombres que lo violaron; poco a poco se han ido volviendo pornográficos. Me dirá que se despierta excitado, aterrorizado y con asco: con un sentimiento de culpa insoportable. Yo intentaré conseguirle pastillas para dormir y le pediré que busque ayuda profesional. No sabré si me hará caso.

Tendré consciencia de que la lastimo con mis comportamientos iracundos, con la bebida; pero no sabré qué puedo hacer, Rebeca no me hablará, nunca sabré de verdad lo que piensa, intentaré traducir sus sentimientos. Y me equivocaré constantemente en mis interpretaciones.

Adrián no volverá a ser el mismo. Habrán aparecido deseos de venganza: un odio insoportable.

Nuestra intimidad será cada vez más insostenible. A veces me despertaré acariciándola, Rebeca no se despertará: en ocasiones me dará la impresión de que finge no hacerlo; yo casi nunca me detendré. Temeré estar volviéndome como las personas que odio: todavía así no podré evitarlo.

Sólo sabré que la tengo como se tiene frío. Ella no hablará de las noches en que yo la tomo entre sueños; tampoco querrá tener mucho sexo.

Su misoginia se habrá recrudecido. Rebeca nunca le habrá caído del todo bien a Adrián. Por primera vez nos habremos distanciado de verdad.

Rebeca tampoco entenderá mis rarezas, mis contradicciones. Quiero estar bien; pero no puedo, hay algo que no me deja estar. Beberé con ahínco, mi llanto escribirá en la pupila púrpura del vino.

Adrián me presentará a Andrés, cuando nos quedemos solos le preguntaré, si le ha dicho sobre su enfermedad. Dirá que sí; pero a Andrés no le importa: para entonces mucha gente estará contagiada. Yo me alegraré por él. Sentiré tranquilidad al saberlo acompañado; sobre todo ahora que ya no seremos tan cercanos.

Hablaré con Raquel, le contaré la situación con Rebeca: me escuchará con atención. En algún momento cuestionará nuestra relación abierta, quizá sea eso, propondrá. Yo sabré que no. Raquel no me creerá cuando le diga que es Rebeca, quien más ejerce esa libertad.

Andrés y Rebeca se harán amigos. (Con el tiempo se volverán muy cercanos).

Rebeca saldrá con otras cada vez más seguido. Yo me escaparé en el vino, en la lectura, en la escritura. Actuaré lo mejor que pueda; pero me dolerá su desenfado con otras frente a mí. Nunca le diré nada: no podré, yo fui quien lo propuso.

Todavía así, mi aparente libertad será su cárcel.

En los espejos siempre se encontrará la otra mitad fantasmal que se destierra. La que urde la máscara del día. Gestos que se viven de la gemela sombra, engaño de los ojos que parten en fragmentos manejables: la curva de la ceja, la comisura del labio, el brillo en la nariz y una ojeada veloz sobre el conjunto que nos convencerá de ser eso.

El desencuentro será la constante. Rebeca no amará las palabras, su silencio seguirá siendo la tapa dura del libro que no podré leer.

Pese a nuestros esfuerzos, la distancia se agrandará. Amaré a Adrián como siempre; pero no soportaré su nueva manera de enfrentarlo todo, Andrés hará lo posible por reunirnos, aunque sigamos sin ser los mismos de antes. Yo también habré cambiado. Lo único que me consolará es saber que Andrés le hace bien.

Decidiremos dejarlo. Rebeca dirá que ya no me ama. Yo no querré la separación, no sabré si la seguiré queriendo, sentiré su soledad más profunda que la mía: su imposibilidad de expresar me aterrará.

En la ventana la luna temblará frágil: partirá a la luz en gajos que en el ojo se estancarán.

Inútil será un término útil para describir lo que no se puede llevar a cabo, lo averiado e inservible para lo que fue hecho, lo inexpresable porque el lenguaje no alcanzará para hacerlo existir.

Rebeca se instalará en la casa de mi madre. No podré creerlo.

No habrá nada más que esa luz amarilla, ese dolor indescifrable: la horrible niebla.

Seguiremos trabajando juntas. Rebeca se negará a regresar, dirá que se siente mejor así. No la culparé: si fuera ella, también lo preferiría: con frecuencia me odiaré. Le preguntaré por qué se ha ido a vivir a la casa de mi madre, y ella me dirá que será únicamente por un tiempo.

En el horizonte roto de la hoja dejaré caer las palabras que me habitan: bailarinas oscuras de la noche. Oraciones despojadas del lado luminoso.

Ya no insistiré en regresar. Todavía así nuestros compañeros de trabajo persistirán en decirme a mí lo que les desagrada de Rebeca como si yo fuera la responsable, una especie de tutora o madre. Incluso Raquel me hará su intermediaria.

No será la indicada: una y otra vez, no será la que desconozco, pero que presiento cómplice, compañera más allá del deseo.

Seguiré: lucharé por los retazos que encuentre de luz seca. Pero no lograré desprenderme de la niebla pegada a los talones como mi sombra. No lograré detener el sudor, el corazón desbocado, las parálisis. El espanto de la asfixia cuando el pánico se apodere de mí.

Raquel se mudará a otro Estado; aunque ya no nos encontrábamos tan seguido debido a los trabajos fuera, su partida permanente de la ciudad me hará sentir más sola.

Le diré a mi madre que Rebeca se deberá ir si quiere que la visite. Me mirará como si fuera una petición injusta.

Dormida en el silencio la palabra esperará ala de labio.

Nos volveremos a encontrar en una fiesta de mujeres. Desde que me asesoró para no entregarme la habré visto en otras ocasiones; pero nunca me habré atrevido a acercarme: una vergüenza inconfesable me lo habrá impedido. Tal vez será la cerveza, la alegría de las demás mujeres; pero esta vez me acercaré a Elsa.

Ella se alegrará: hablaremos un poco del incidente, de cómo resultó todo. Se sorprenderá al saber que finalmente Rosa regresó con su familia. En otras condiciones, cierto. Luego me confesará el mal estado de su relación con su pareja. De hecho, asegurará estar consciente del fin de la relación, pero la otra ni siquiera se ha dignado a contestarle desde hace meses. Una ternura incomprensible me impulsará a besarla.

Será una sorpresa, la mujer cómplice me mirará, se hará compañera bajo las sábanas y a la luz del día. El vino por primera vez será perla.

Elsa hablará de libros, reirá y su luz invitará a la palabra: su ingenio pintará las noches con colores brillantes. Líquidos corporales construirán estructuras insólitas.

Mi cuerpo se volverá madera labrada. Piel embarcadero, muelle de palabras.

Me sentiré completamente viva: todo me sorprenderá, habrá una belleza inusual en el ambiente. Será como si acabara de nacer. Estaré enamorada como nunca.

No querré irme; pero justo antes del reencuentro habré aceptado un trabajo fuera. Elsa tampoco querrá que me vaya; necesitaré el dinero. Vendré cada quince días.

Aparecerá, luego de un tiempo, un sentimiento ominoso, temor a despertar en cualquier momento: como si no fuera digna de ser feliz. Por todos los medios, intentaré contrarrestarlo.

Llevada por ese sentimiento, de no ser digna, intentaré boicotearme buscando a mi amigo y jefe. Él me rechazará de manera amable, y me mandará a mi cuarto: Estás borracha, dirá, y será verdad. Se lo agradeceré siempre.

Rebeca también estará a cargo de uno de los proyectos. En la primera reunión del equipo completo volveremos a encontrarnos: Ya me enteré de que andas con “tu mamá”, dirá con burla. Yo la mandaré al diablo. Sentiré que la odio.

Elsa dirá que es vieja: yo sólo sabré que es ella: luz auténtica en la cerrada noche.

Cuando se entere, Raquel asegurará que se alegra por mí; aunque me aclarará que no dejará de ser amiga de Rebeca.

Volveré a pedirle a mi madre que Rebeca se vaya. Sobre todo ahora, después de haberle presentado a Elsa. A regañadientes aceptará. Prometerá pedírselo.

La alegría y la pena permanecerán juntas en la trenza del día.

Controlando el temblor de las manos, Adrián dirá: Ahora sí tengo SIDA. Lloraremos más hermanos que nunca. Volveremos a acercarnos.

Beberé con concentración para fortalecer los conjuros.

Seguiré trabajando fuera: necesitaré el dinero para apoyar a Andrés: Adrián estará cada vez peor. Necesitará cuidados especiales y yo juraré que no lo dejaré morir en un hospital.

Nunca antes los cuerpos serán tan afines, precisos en la fusión de la carne: ni un hueco, ni una arista incomoda.

Elsa será la mujer que estaba esperando. Ya no tendré duda.

Pero justo ahora, comenzarán los estragos. La enfermedad se erguirá como un muro. Adrián fingirá sentirse bien; pero no logrará ocultarlo: el deterioro será acelerado.

Las palabras gozosas comenzarán en mis labios y terminarán en los de Elsa en pleno entendimiento.

Ella me habrá hecho experimentar un placer nunca antes imaginado. Esa plenitud que no necesita de nada más.

Mis árboles crecerán con raíces profundas sobre robustos troncos de palabras.

Mi madre cumplirá su palabra. Rebeca se habrá ido de su casa.

Lo observaré apagarse. El germen de la locura del tío florecerá por fin en su amada cabeza. Dirán que es la enfermedad, yo sabré que mienten: es demasiado inteligente, para permitirse la cordura en ese estado.

Mi madre estallará: No sé qué hice mal, por qué, si él nació bien, su pene era normal. Una ternura inconfesable me estrangulará las palabras. ¿Y tú?, preguntará. Le diré que ella no tiene la culpa de nada. Lloramos.

Desde mi regreso definitivo a la ciudad me mudaré a la casa de Elsa: ya no querremos separarnos.

Lamiendo el bosque de su cuerpo me dejaré entrar la vida por la boca.

El día de su muerte Elsa y yo llegaremos temprano. Luego de verlo, Elsa nos llamará aparte, a Andrés y a mí: mi madre y la madre de Andrés se quedarán con él, ella nos dirá que no cree que

pase la noche: Si quieres avisarle a tus hermanos sería bueno, por si quieren despedirse, dirá. Lo haré; pero ni Daniel, ni Gustavo vendrán.

Elsa no se equivocará. Los tres estaremos sentados tomando café en el comedor. Adrián susurrará mi nombre en el oído, desconcertada les preguntaré a Elsa y Andrés, si lo oyeron hablarme: negarán extrañados, subiré corriendo la escalera. Me toparé con sus ojos y los veré tornarse opacos. Veré cómo deja de respirar.

La muerte siempre será un acto irreverente, por eso sonrío, rio abiertamente, pese a las lágrimas: Sé que no eras alguien convencional.

Como siempre en los momentos importantes, buenos o malos, vendrá Raquel a la ciudad para acompañarme, estará con nosotras durante el velorio y la cremación de Adrián. Luego Andrés llevará sus cenizas para verterlas en el Océano Pacífico. Adrián deseaba renacer en delfín.

Los gorjeos de las palomas rezarán la misa del aire.

Con Adrián vibrará la risa: volcán imparable que escapaba a las tinieblas. Su vibración rompía los elegantes vasos de la gente bien y su discreta manera de reírse. Nuestra risa no paraba: borboteo de fuente, piedras francas que lanzábamos al mundo y a su obstinada forma de callarnos. Pensaré en Adrián y vibrará la risa.

El tiempo se derramará, habrá un cristal azul en donde pervivan los actos, las palabras; nunca se tratará de la misma agua. Todas las gotas tendrán diversos componentes y humedades, y se narrarán de distintas formas.

Tanto dolor: espantará a veces soportarlo.

Elsa será lo único que me mantenga viva.

Su cuerpo cadavérico está inmóvil, no parece ser Adrián, creo que está muerto. De pronto, como en una película de terror, abre los ojos y extiende sus reducidos brazos hacia mí. Me despertaré gritando. Elsa me abrazará con fuerza: Ya pasó, dirá.

Desde que vivimos juntas las sorpresas se multiplicarán. Habrá tanto qué decir, qué sentir. Será una fuente increíble de agua nueva consolando mi corazón.

Desnudo sobre el colchón de agua, Adrián se queja, su lacerado cuerpo luce las llagas que llegan hasta sus huesos. Intentó no lastimarlo mientras lo aseo; él grita: Maldita bruja deja ya de torturarme, te odio, te odio. Elsa me despertará alarmada. Le contaré llorando que el sueño fue

como cuando estaba vivo y me maldecía en el delirio. Ella me abrazará con fuerza y lloraré durante mucho rato.

Cuando esté triste Elsa propondrá juegos de todo tipo. Su risa espantará a los espectros que me rondan. Me recordará que sigo viva.

Tomaré cursos, un diplomado y talleres intentando darle forma a las palabras que nunca lograré gobernar.

Increíble viaje hacia el placer. La Ariadna en Elsa desenredará la madeja en el laberinto acuático. Guardaré las ruinas y los templos sagrados en el espejo de los ojos para verterlos, al regreso, en su tumba líquida. Seguro le hará feliz saber que por lo menos, yo realicé nuestro sueño.

El amor será belleza: no habrá otra forma de decirlo. Poco importarán los conceptos de lo feo.

En la ciudad antigua, sentiré su presencia más que nunca. Un licor dulce y amargo encenderá las antorchas de los ojos. Elsa me consolará con el instrumento del amor. Sabrá que sin importar el tiempo lo seguiré extrañando.

Por momentos sentiré que me he curado de la niebla, de la ira.

Viste de blanco, Adrián lleva: pantalón, camisa y zapatos blancos. Luce hermoso, sano, fuerte, feliz. Ríe, se carcajea de pie en un jardín con grandes árboles verdes y flores de variadas formas y vivos colores. Yo estoy frente a él y siento mucha felicidad. Me despertará mi propia risa. Más tarde le contaré a Elsa, el hermoso sueño. (No volveré a soñar con Adrián).

Nunca habré experimentado este tipo de relación con nadie. Será como si siempre hubiéramos estado juntas sin importar el tiempo. Me dará mucho miedo que se acabe.

Dirán que la felicidad y el sufrimiento extremos, serán estados que no podrán durar por largos periodos porque podrían matarnos, yo sabré que a veces su intensidad es la misma.

A nuestro regreso nos enteraremos de que Andrés estará internado en un hospital. Durante la visita, nos tropezaremos con Rebeca. Le pediré a Elsa que nos marchemos pronto.

Todos los días serán como el primero. A veces lloraré: habrá tanta intensidad en mi relación con Elsa que me parecerá inconcebible.

Quizá se equivocarán, por tiempo prolongado: por el puente de mi cuerpo habrá pasado increíble tristeza, y mucha felicidad (y seguiré viva pese a mis esfuerzos).

Con cierta timidez, mi madre se acercará a mí. Durante semanas entablaremos una conversación extraña. Llena de silencios y confesiones dolorosas. Su vida tampoco ha sido fácil. Sentiré mucho amor por ella y por primera vez la entenderé, se aclararán algunos aspectos de su carácter.

No hay nada sólido: todo fluye y es impermanente como el sonido en el hueco del silencio.

Nos enteraremos de la muerte de Andrés, me sentiré culpable, como si lo hubiera abandonado, y tal vez así será.

Raquel se enamorará de Julián. Desearé que se trate de quien ella espera.

Lo habrá ido perdiendo todo: la autoridad, la fuerza, la elegancia, la memoria, la conciencia. Mi madre será de nuevo una niña pequeña atada a un cuerpo avejentado. Nos quedará únicamente el lenguaje de las flores y, a veces, el de las mariposas de algún libro.

No entenderé qué está pasando, sentiré que Elsa se aleja, y no lograré comprender lo que he hecho mal. Ella dirá que estoy imaginando.

Iré a casa de Raquel a celebrar su embarazo: Seré su tía favorita porque le enseñaré a escribir y le leeré cuentos, diré: Conque no le enseñes tus malas mañas me conformo, contestará ella. Reiremos. Me sentiré como si yo fuera la embarazada.

El acercamiento con mi madre será profundo. Por un tiempo seré yo su madre, la perdonaré.

Llegaré directamente de la terminal de autobuses al hospital. Aguardaré afuera junto con Julián hasta que nos avisen que todo salió bien. La nena será hermosa.

Las noches ya no serán la fiesta de la palabra ni de la pasión. No comprenderé que con el paso de los años todo suele cambiar.

El declive de mi madre será imparable. A veces ya no me reconocerá.

Raquel llegará, con Ágata, a la ciudad para pasar las fiestas de fin de año con su familia: vendrán un poco agripadas, deberán ir al médico. Quedaremos para vernos después de fin de año. Pensaré en comprarle algo a Ágata para Reyes (nunca lo haré).

Los cuerpos ya no se reconocerán: habrán dejado de buscar la explosión que los hacía luego formarse uno.

Iré sola a pasar el 24 a casa de mi madre, Elsa se habrá ido de viaje con su familia. Estarán mis hermanos, con sus respectivas familias. A medianoche, luego del brindis estaremos ebrios a la mesa: Gustavo, Daniel, Gonzalo, el mejor amigo de Gustavo, y yo, comenzaremos a discutir: ¿Ni muerto lo puedes respetar?, deja de decirle puto, le gritaré a Gustavo: Yo no soy maricón, dirá a modo de respuesta: Pero sí eres un violador, ¿verdad?, gritaré fuera de mí. Gustavo intentará golpearme, Daniel se interpondrá: Cállate, no digas estupideces, gritará: No son estupideces, el violó a Adrián, afirmaré. Gustavo se pondrá lívido, entraran corriendo mis cuñadas y algunos vecinos: ¿Qué pasa?, preguntarán: Nada, está inventando estupideces, está borracha: Diles que no estoy mintiendo, le exigiré a Gustavo, él no dirá nada. Terminarán por hacerme callar. Juraré que cuando muera mi madre, no volveré nunca.

Elsa regresará para fin de año. Estaremos juntas; pero distantes, no le diré todo lo que pasó en casa de mi madre.

Raquel me llamará llorando en la madrugada: Ágata se murió, me dirá y no comprenderé lo que me dice: un dolor agudo me invadirá de golpe. Apenas lograré imaginar su dolor.

Estaremos con ella en el funeral de Ágata. Nadie entenderá lo sucedido, la explicación de los médicos será confusa, nunca pareció estar grave. No sabré cómo consolarla, no tendré ninguna palabra que sirva para mitigar su sufrimiento. Permaneceremos juntas con el lenguaje del llanto.

A veces si el valor o la desesperación te orillan a buscarte y si te miras largo rato fijamente: el espejo te comerá la mitad de la cara. Podrá surgir entonces el pelaje del lobo, el vacío oscuro, la cuenca sin el ojo, la nariz descarnada, la osamenta. Podrá causar asombro, cierto pavor, sin duda, pero también te enseñará los auténticos indicios de tu rostro.

Raquel vendrá a quedarse con nosotras durante un tiempo. Será fuerte; pero su dolor me hablará desde sus ojos. Elsa y yo haremos lo que podamos para distraer su sufrimiento: no sabré que tanto lo lograremos. Ágata será nuestra niña para siempre. (Raquel terminará por separarse de Julián).

El sueño parecerá estrellarse por fin contra la realidad.

No sabré por qué de pronto se instalará entre Elsa y yo la distancia interior: el abismo insalvable de lo que no se dice, pero está de manera omnisciente.

La soledad asomará su rostro como el de un viejo invitado.

Cuando Raquel nos visite me sentiré feliz. Volveremos a ser las jóvenes que fuimos, platicaremos durante horas y me sentiré acompañada. Casi nunca hablaremos de Ágata, también evitaré decirle que me he empezado a sentir invisible con Elsa. Siempre esperaré sus visitas con ansiedad.

Elsa no entenderá por qué bebo con esa codicia. Por qué mi comportamiento de pronto se tornará violento. Habrá comenzado a tenerme miedo.

A cuenta gotas irá la mañana. El gris embarrado en la ventana no será niebla: ácidos tóxicos impregnarán el aire, la ira no podrá ser enjugada por las nubes; en un rincón el vidrio será la lupa del sol que estallará de repente desafiando la tristeza del día.

Cada vez se abrirán más, los silencios en negros desencuentros. La soledad abrirá su mano de sombra que no detendrá al aire: me asfixiaré.

Me dejaré entrar la luz por los poros del cuerpo, por las rendijas de los párpados, en tanto, recordaré su risa evolucionando a carcajada: de golpe será como si no se hubiera muerto, tanto tiempo atrás.

A pesar de sus eternas amenazas mi madre cumplirá del modo más inesperado. En la soledad de su cuarto se irá casi en silencio.

Beberé con avaricia en la agitada niebla, habrá regresado con abundantes tules.

Me uniré a un grupo de mujeres poetas que conoceré gracias a los integrantes de una revista, a la cual también me uniré. Amelia me invitará a su taller al poco tiempo de conocernos. Este será un grupo de vital importancia en mi desarrollo.

Palabras viaje, sin recuperación ni avance, retroceso y visión asentada en los huesos que se desquebrajarán adelantando el recuerdo, los actos dormidos en el cuerpo, en la memoria: palabras.

¿Cómo podré si quiera imaginar algo tan horrible?, ante la visión que vendrá de pronto, me taparé la boca con las manos.

No sé qué le pasará a Elsa, cada vez la sentiré más distante. Como si estuviera en otro lado, aunque esté junto a mí. Será desesperante no saber.

Con el bálsamo del verso que supurará, calmaré la llaga abierta del abandono.

Yo tampoco entenderé lo que me pasa. Sentiré una ira ingobernable, un rencor infinito hacia todo, y esas imágenes extrañas, volveré a creer que estoy enloqueciendo.

Elsa dirá que estamos bien. Habré perdido la agilidad para entrar de nuevo en el caparazón de la tortuga: las partes blandas de mi cuerpo recibirán el castigo.

La soledad acompañada será la peor forma de abandono.

¿Por qué estaré inventando algo semejante? Ante la visión, mi corazón latirá agitado. No será cierto: eso no habrá pasado, me repetiré una y otra vez.

Cada vez beberé más para espantar a los espectros. Los pretextos serán muchos: las reuniones en el taller, las fiestas de las amigas, las visitas de Raquel, las reuniones con la familia de Elsa, los fines de semana, cualquier cosa.

La buscaré, ella estará cansada. En realidad Elsa ya casi ni me mirará. Ahora será común el muro de su espalda.

El mundo subterráneo: una herida estancada, llena de nidos de niebla.

Querré morirme, intencionalmente dejaré de respirar, Elsa se asustará, estaré tan ebria que ni siquiera podré contener el aliento por mucho tiempo. Elsa me mirará con miedo, con rencor.

Desde el sótano de la memoria, un aluvión de imágenes incomprensibles emergerá cada vez más seguido de entre la bruma. Caerá sobre mí: temeré quedar sepultada bajo sus incomprensibles visiones; no sabré cómo detenerlas, ni pedir ayuda.

Con Amelia desarrollaré una relación especial: será como la madre que siempre quise tener. Aun así tampoco le podré decir nada de lo que me está pasando.

Imperceptiblemente la distancia habrá ido bordando jaulas separadas, se habrá ido construyendo el resentimiento: no habrá palabras. Elsa parecerá no necesitarlas. Y yo no podré decirlas.

Al hablar con Raquel no seré capaz de contarle lo mal que está la relación con Elsa, ni de lo que me ha estado ocurriendo. Le daré vagos indicios que dudo, podrá interpretar.

Cada fin de semana compartiré la palabra con mis amigas del taller. Amelia siempre será la que más me anime a escribir, pese a mis inseguridades.

Habrà un intento vago por reanimar nuestra relación sexual. Pero no podré perdonar su abandono por más que me esfuerce.

Compraremos juguetes sexuales: Elsa dirá que se trata de su libido, que las hormonas le están jugando una mala pasada. Yo sabré que se trata de algo más. Para mí no se suscribirá sólo al sexo: tendrá un sentido más profundo: hará mucho tiempo que me siento como un mueble más de la casa.

Con escepticismo, decidiré que merecemos una segunda oportunidad. Crearé que Elsa se estará esforzando aunque siga sin querer hablar de lo que realmente le está pasando. (Ella siempre negará que le pase algo). Y yo tampoco podré decirle lo que me pasa a mí.

Lucharé con las imágenes incomprensibles que me llegarán en cualquier momento como si se tratara de las escenas de alguna película espantosa. No podré contarle a nadie, me dará vergüenza, terror.

Una aparición inesperada, maravillosa. La veré en la piscina del hotel y repararé de inmediato en su hermosura. Aún desconoceré la fuerza de su palabra y la sencillez de su ser.

Creeré que se trata de un huésped más del hotel; Clara habrá venido al mismo Encuentro.

Me aferraré a la voz de Elsa en el teléfono. Pero la distancia geográfica no será tan grande como la interior.

Escucharé la palabra de Clara: su precisión será increíble. Habrá dado justo en el blanco de mi pecho. Tendré miedo, intentaré alejarme lo más posible.

No tendrá sentido huir de su cercanía. Seguramente Clara es buga, y además yo estoy desde hace años con Elsa. Algunos compañeros coquetearán abiertamente con ella. Clara será amable con todos; pero no parecerá interesada en ninguno. Tal vez también tenga pareja.

Durante nuestra estancia no podré dejar de admirarla. Ya no evitaré su cercanía, me sentiré tan cómoda junto a ella: nos reiremos mucho de todo. Clara será inexpresable.

Cuando nos despedamos todas y todos intercambiaremos direcciones de correos, algunos hasta teléfonos, yo me morderé la lengua para no preguntarle a Clara el suyo. Ella tampoco lo hará. Nos despediremos con un abrazo fuerte. Tendré ganas de llorar, pero me controlaré.

De regreso creeré que todo habrá de quedar en un vivo recuerdo. Intentaré retomar mi vida, seguir intentando salvar la relación con Elsa.

Retomaré mis noches de taller, y seguiré con los labios cosidos por el miedo.

Días después recibiré el correo de Clara. Estará en la ciudad y pedirá mi apoyo.

Por todos los medios, intentaré disuadirla de llegar a la casa: temeré por mí, por los que me hace sentir, porque aunque Elsa y yo ya no seamos una, todavía la quiero, y me dará miedo lastimarla.

Cuando vaya a recogerla, saldrá corriendo del hotel y me abrazará, mi corazón volará loco de contento.

Durante el trayecto me dirá: Me dio la impresión de que no querías invitarme. Lo negaré débilmente: Hay algo que debo decirte, agregaré, soy lesbiana y vivo con mi pareja. Clara se reirá con los ojos y los labios: ¡Era eso!, exclamará: Pero si yo también soy lesbiana, dirá como si nada y yo casi me desmayaré ante su declaración.

De pronto me encontraré expuesta como si me hubieran abierto el pecho.

Tendrá que quedarse a dormir en el sillón de la planta baja: la cama extra estará inservible debido a las lluvias que habrán abierto goteras sobre ella. Imposible un reacomodo de muebles.

Hablaremos todo el tiempo, casi siempre estaremos solas durante todo el día. Elsa se irá temprano a trabajar y regresará tarde. Clara me contará que vive con su novia; pero que las cosas se han deteriorado desde hace un tiempo. Yo no le diré que Elsa y yo también estamos bastante mal: le parecerá que hacemos una gran pareja.

Me contará de sus aficiones, sus búsquedas, su amor por el lenguaje. Yo le confiaré muchas cosas de mí. Aunque no podré decirle que hay varias que yo misma desconozco y mucho menos le mencionaré nada de las horribles visiones que no logro entender ni acomodar en el mosaico de mi vida.

La llevaré a varias zonas turísticas; incomprensiblemente olvidaré las más visitadas.

Clara enfermará de la garganta. No podrá seguir durmiendo abajo porque es muy frío. Elsa propondrá que durmamos las tres en nuestra cama. No hay otro lugar posible. La idea me aterrará.

Una pasión inconfesable. Un terror a traicionarme, a traicionarla; con todo, esa fuerte debilidad por su cabello, por su palabra, irguiéndose sin remedio, sin esperanza.

No podré dormir en medio de Elsa y Clara, tendré terror de que mis manos me traicionen y busquen su cuerpo. Permaneceré inmóvil bocarriba luchando contra el sueño. Cuando ambas se duerman me obligaré a mirar el techo hasta que la luz pinte las ventanas.

Jamás nos tocaremos. Por momentos me dará la impresión de que Clara también me ve de la misma forma; pero alejaré el pensamiento: ella nunca dirá ni hará nada al respecto.

Me aterrará la posibilidad de dejarme llevar, Elsa no se lo merece, pese a todo.

Hay un sitio siempre sospechado y permanentemente desconocido. Lo sentiré respirar.

Los días se irán como agua, me destrozará la cercanía de su partida. La imposibilidad de decirle lo que estoy sintiendo.

Nos abrazaremos al despedirnos: tendré ganas de gritar, de llorar. Sentiré que el corazón se me rompe. Ni Clara ni Elsa parecerán advertirlo.

Cuando salgamos del aeropuerto Elsa propondrá que vayamos a comer algo. Yo sólo querré morirme, pero Elsa no se dará cuenta de mi estado de ánimo. Será que desde niña habré aprendido a no mostrarme en lo más íntimo.

Clara me escribirá contándome lo sucedido a su regreso. Dirá que extraña las conversaciones y los paseos. Le mandará saludos a Elsa, ella y yo compartiremos la misma dirección de correo.

Yo le contestaré que también la extraño mucho, la extrañamos. No le contaré que paso las noches pensando en ella: que se ha convertido en mi refugio para luchar contra todo lo espantoso que me llega.

Con mis amigas del taller seguiré compartiendo las noches, los versos, las esperanzas y las palabras; nada de mis sentimientos, ni de mis visiones.

Seguirán surgiendo las imágenes incomprensibles que me llenarán de angustia. No se lo podré decir a nadie: una vergüenza horrible me carcomerá la lengua. Apenas podré soportarlas.

Lo único que me mantendrá relativamente cuerda serán los correos de Clara. Hablaremos de literatura. Me contará que finalmente rompió con su novia, en buenos términos, me hablará de sus amigas. De una mujer que ha conocido y le gusta mucho.

Yo no le diré que su atracción hacia esa mujer me duele, ni de que la relación con Elsa sigue estancada, tampoco le hablaré de la niebla ni de las imágenes. En su lugar, le preguntaré por cuestiones literarias, y haré comentarios sobre poesía.

Ni siquiera a Raquel podré decírselo: no podré, apenas soportaré decírmelo a mí misma.

Sentiré que me ahogo. Beberé cada vez más sin que Elsa comprenda porqué lo hago.

Necesitaré las palabras de Clara, esperaré con ansias sus correos. Ahora serán lo único que corte la niebla; que evite las visiones.

Elsa parecerá no darse cuenta de cómo me siento. Creeré que casi ni me ve.

Pese al peligro no podré soportarlo más: le escribiré diciéndole lo que siento por ella. Clara responderá con cierta sorpresa; pero admitirá que por momentos sintió que algo pasaba. Borraré el mensaje.

Nos escribiremos más seguido. Clara no admitirá nada respecto a ella; pero siempre será tan cálida, tan comprensiva, que estúpidamente empezaré a anidar una esperanza.

Su ausencia me enseñará el auténtico significado del deseo. El deseo será sólo la manifestación de la carencia. No tendrá nada que ver con el placer: éste será plenitud. Clara será deseo, Elsa habrá sido placer.

Sentiré que voy a reventar si no le cuento a alguien mi amor por Clara, al que me aferraré cada vez con más fuerza. Le mandaré un correo a Raquel contándole todo lo sucedido. Le confesaré que me he enamorado de Clara sin esperanza. Le pediré que por favor borre el mensaje después de leerlo.

No sé si se tratará de la fuerza de mis sentimientos o de verdad también ella sentirá algo por mí. Nuestras conversaciones se volverán más íntimas: pero jamás mencionaremos la palabra amor.

No tendré paz luego de mandarle a Raquel el correo, constantemente lo revisaré buscando su respuesta. Ella se tardará en responder.

No será posible seguir engañándome, me repetiré y me aferraré a todo lo que Clara desencadena porque será lo único que distraerá a la niebla y a las visiones, me aferraré a su presencia distante, a sus palabras en la pantalla.

Una amiga será siempre una potencial enemiga. Una matará con más frecuencia a la que ama: nos han educado para ser letales.

Elsa leerá el correo de Raquel, cuando me acerque, demasiado tarde, me mirará con incredulidad.

Raquel me escribirá un mensaje reprochándome mi enamoramiento. ¿Cómo puedo hacerle eso a Elsa?, lo peor será mi carta reenviada en el mismo correo.

¿Es cierto?, me preguntará Elsa con los ojos llenos de lágrimas, al leer el correo, mis ojos también lloverán. No sabré qué decir, me partirá el corazón ver llorar a Elsa, le diré que estoy confundida, le juraré que nunca pasó nada entre Clara y yo. Elsa dirá creerme.

Me dolerá mucho la traición de Raquel: porque será mi mejor amiga. Cuando se entere de lo sucedido intentará disculparse: Te juro que no me di cuenta de que estaba reenviando tu correo, dirá. Yo le diré que ya no importa.

Elsa no me pedirá que deje de escribirme con Clara; pero manifestará más desconfianza.

Comenzaré a faltar a las reuniones del taller: me enfermaré constantemente de todo.

Clara me ofrecerá el cordón de su palabra, el oído que se desbordará para captar el murmullo de las negras oraciones tras la pantalla; aunque nunca le hablaré de lo que me pasa, le diré que Elsa ya sabe lo que siento por ella. Clara se preocupará porque estima a Elsa.

Un dolor indescriptible: el corazón rasgándose sin metáfora.

Tengo los ojos fijos en la luz amarilla del foco que cuelga del techo. Estoy de pie sobre una silla de madera: mis pequeñas manos se aferran al travesaño del respaldo. Sobre mi boca, la enorme mano blanca, me aprieta tan fuerte que casi no me deja respirar, la otra mano abarca mi estómago y el pubis. No puedo verlo; pero siento un dolor espantoso en el ano. Él está entrando en mí. No, no será una pesadilla: tendré los ojos abiertos.

Las palabras no alcanzarán, no siempre alcanzan para nombrar.

Nunca dejaré de vivir entre la niebla que por instantes parecerá disolverse, produciéndome más terror, por momentos creeré estar completamente loca.

Cada vez me costará más soportar la distancia. Clara me escribirá menos desde que le conté lo que pasó con Elsa. Dirá que no quiere lastimarla, ni a mí tampoco. Yo le suplicaré que no deje de escribirme. Sacaré una dirección de correo aparte.

La locura asomará su hocico de sabueso de manera insistente. La incredulidad espantosa. El miedo irracional a dotar esas imágenes de palabras, significados, nombres.

Le insistiré a Clara para que no deje de escribirme, no podré soportarlo. No podré decirle nada de lo que se ha roto en mi memoria, en mi corazón.

No importará que ya lo sepa: que por fin haya visto lo que pasó. No podré creerlo, no podré decirlo. Sentiré que estoy mintiendo, sentiré una vergüenza indescriptible, no lo podré aceptar; no sabré por qué estaré inventando algo así de horrible. Me odiaré.

Parco será el sonido en la jaula de mi boca.

Sentiré que por fin el árbol de lágrimas dentro de mí se desgajará. Lloraré por todo. Cuando Elsa regrese del trabajo intentaré contenerme, no siempre lo lograré: aun así a veces no se dará cuenta.

Cada día será una tortura, ya casi no podré respirar.

¿Me habré vuelto totalmente loca? Me buscaba cada vez que podía. Caía en el mar de su cielo. El mío era el infierno. ¿Cómo puedo creer que fuera él? Esto no podrá continuar, me repetiré llena de asombro, de vergüenza; pero imaginar siquiera que fuera él, es lo que menos podré soportar. Me odiaré más que nunca.

Jamás podré hablar con Elsa, la distancia entre nosotras habrá formado un precipicio en el que temeré caer. Y ella no parecerá darse cuenta de mi estado en ningún momento.

Una angustia insoportable me embargará por completo. Elsa me habrá avisado que regresará muy tarde: tendrá mucho trabajo. Muerto el perro se acabará la rabia: Merezco morir.

No sabré qué le escribí, si le revelé algo. Creo que sólo insistí en lo desesperado de mi amor, en la insalvable distancia. No tendré otras palabras: las más terribles seguirán atadas a la soga de mi lengua hundida en el pasado.

Una botella de tequila, un tajo en cada muñeca: puente rojo, promesa hacia el descanso sin memoria. Seminconsciencia. Las imágenes se apagarán lentamente, igual que los sonidos. Luego sus manos, Elsa llamándome, devolviéndome al mundo de los casi vivos. Quinto intento de fuga.

Elsa no comprenderá; pero me salvará: regresará mucho antes porque tendrá un presentimiento y yo no le contestaré el teléfono. Hará que zurzan las orillas de los rojizos ríos en mis muñecas.

Daniel vendrá a verme al hospital. Como con Elsa, la versión será mi amor imposible. No podré decir otra cosa. Dirá que no le contará a la familia lo que hice, cómo si eso me importara. No me ofrecerá nada más y yo no estaré en condiciones de pedir nada a nadie.

Daniel parecerá no darse cuenta: mi vida con Elsa terminó, no tendré a donde ir. Ni siquiera sugeriré que pueda quedarme en su casa algunos días. Estaré tan deshecha que tampoco importará.

Clara llamará desde el otro lado del mundo. Querrá saber cómo estoy: querrá cerciorarse de no ser ella la causa del desastre, porque mi mensaje la señalará. Mi salvadora le dirá que no me busque más.

Raquel vendrá a ayudar a Elsa conmigo por algún tiempo: seré como una niña pequeña. Al principio no le diré nada, no podré hablar. Una parte de mí se lo agradecerá porque a pesar de lo que pueda pensar de mí, sabré que a su manera también me quiere: si no por qué estaría aquí.

Elsa no me echará, insistirá en que debo ver a un siquiatra. Yo la dejaré hacer, no podré parar de llorar. A la tortura de mi fracaso se añadirá la culpa de haberlo intentado en su casa, además de la forma: Elsa no tolera la sangre. Pensará que me quería desquitar de ella. Y tal vez así será.

Amelia llamará por mis constantes faltas al taller. Elsa le explicará que estoy muy enferma y que nos iremos algunas semanas fuera de la ciudad, hasta que me reponga. Pasarán meses.

Mientras escucho hablar a la psiquiatra, pensaré: No, no tengo alucinaciones. Reconozco los aspectos de la realidad: sólo es este temblor, el miedo de la asfixia: lo que no se puede nombrar: Tomate todo el tiempo que necesites, dirá.

Le mentiré a todo el mundo. Elsa creerá que se trata de Clara, yo se lo hice creer, porque también necesitaba creerlo. Les he mentido a las dos.

Todo acto ilegible será un auténtico acto de libertad.

Luego estará Clara: la que comencé a amar sin buscarlo, casi sin darme cuenta. La que no sabré cómo me ama, y el daño que le he causado.

Nunca pasó nada, nunca su boca rozó la mía, ni sus manos me tocaron. Todavía así, Raquel, mi mejor amiga no me creerá, y Elsa le hará más caso a sus palabras, a sus sospechas. Creerá que la engañé, y tal vez sí, por sentir esto por Clara; aunque nunca nos hayamos tocado.

Elsa no querrá que hable con Clara, no dejará que use la computadora. Pensará que se trata de ella: todo este dolor, las ganas de matarme, eso creerá, yo también quisiera creerlo. Me dolerá respirar.

Seguirá sin comprender, esgrimiré su abandono. Las explicaciones no casarán, mi voz no podrá señalar aún la verdadera causa.

Con la pala del párpado enterraré tu imagen en mi pecho: no volverás a engañarme con la ilusión de ser parte de mí, aunque lleve tu sangre.

La traición parecerá cierta. La ruptura se hará ahora innegable, la incomprensión volará como los cuervos.

Cada semana veré a la doctora dos veces. La mayor parte del tiempo únicamente iré a llorar.

Elsa habrá comenzado a salir con otra mujer.

Por fin aceptaré el origen de la niebla; pero no sabré cómo expresarlo.

Aunque no entenderá ni querrá aceptar lo que pasó entre nosotras, Elsa decidirá no abandonarme del todo: sabrá que estoy destrozada, a mí no me importará nada, los días serán iguales de horribles.

Siempre será él, como en esos sueños extraños, luego de su muerte, donde aparecía oculto, cubierto; aunque yo sabía, sin necesidad de verlo, que se trataba de mi padre bajo los velos.

Edición de la memoria: ¿qué se recordará?, ¿cómo se recordará?, ¿por qué será ese detalle, esa palabra, ese olor, esa imagen, y no otras?

La doctora dirá que se trata de un recurso de defensa de la mente contra la locura, en situaciones tan dicotómicas suele suceder. Para no enloquecer la mente decide borrar los eventos traumáticos cuando no puede hacerlos coincidir o no los comprende: en mí caso, parecerá tratarse de las dos cosas: como el abuso comenzó cuando tenía cuatro años y no tenía capacidad de entender los conceptos, mi mente decidió bloquearlos para sobrevivir sólo con la parte más positiva de la figura paterna. Eso me explicará.

Al revivirlo volveré a ser esa niña: con todas las sensaciones, con toda la impotencia, el dolor, la incomprensión y el miedo, sin importar mi edad: Me habrás hecho creer que tenía el poder para detenerte, que será mi culpa que tú me violaras. Hipócrita, mentiroso.

Toda mi vida estará basada en una mentira. No tendré nada, no seré nada, nunca seré nada.

Tú no eres responsable, dirá la doctora: No podías luchar contra esa figura de autoridad que además gozaba de gran aceptación. El hombre intachable respetado por todos, esa imagen, que además en apariencia, no suele coincidir con la del abusador más común. Por eso tu mente decidió bloquear esa parte, sepultarlo todo, por eso borraste casi por completo tus primeros nueve años de vida, aseguraré. Yo no podré detener el llanto, las ganas de matarlo, la furia que regresará ciega a nublarne el entendimiento.

Elsa por fin se enterará del verdadero origen del intento de suicidio, todavía así no podrá perdonarme la traición. Ya no insistiré en explicar que jamás la engañé: por lo menos físicamente. Nada de eso importará, ella odiará a Clara y creo que a mí también.

Gritaré, mientras la furia lo rompe todo a mi paso, mientras azoto su retrato contra el piso: Maldito seas, yo te amaba. Veneraba tu recuerdo, quería salvarte aún a costa mía. ¿Cómo pudiste hacerme eso? ¿Cómo pudiste luego hablarme de tu dios? Lloraré de rabia.

Me iré de la casa, Elsa habrá decidido pasarme una pensión en lo que logro recuperarme, conseguir un trabajo; pero me habrá pedido que me vaya. Su nueva relación se está viendo afectada por mi presencia.

Nada tendrá sentido: la tristeza será tan grande que sólo seré algo que ocupa un espacio.

El pasillo es ancho y muy largo, la pared, el piso y el techo son blancos; pero las lámparas irradian luz amarilla. A lo lejos hay una puerta abatible de dos hojas con un círculo redondo en la parte superior de cada hoja, su color también es blanco. Una mujer camina tranquilamente frente a mí, desde mi estatura ella luce gigante, joven y hermosa. Al llegar a la puerta, ella no se vuelve hacia a mí, ni me da la mano, ni permite que entré yo primero. Con un firme empujón, a una de las hojas, entra sin preocuparse de que la puerta me golpeé en plena cara al regresar, casi enseguida regresa para tomarme en brazos: Me olvidé de ti, se disculpa: Pendeja, dirá la niña pequeña del sueño a través de mi boca. Abriré lo ojos al oírme. (Será la única vez que sueñe con mi madre).

La doctora me explicará que por eso reprimí los recuerdos tantos años hasta que mi madre murió: en mi inconsciente decidí protegerla de mi ira. Habría querido vengarme de su falta de protección, de haber recordado antes.

Durante las violaciones me habré refugiado en la luz amarilla del foco, casi siempre sucederán de tarde, aunque nunca sabré con exactitud la hora.

Será firme la roca de su apoyo. Elsa empezará a comprender porque la niebla habrá comenzado a dispersarse verdaderamente, y la psiquiatra le habrá dicho algo; pero seguirá sin perdonar la liviandad de mi corazón ni mi terrible acto.

Cómo si una pudiera decidir a quién amar. Por lo que hice tendrá razón: le habré ocasionado mucho daño.

Regresaré al taller, y hablaré de todo lo que me habrá sucedido. Habrá horror, conmiseración, apoyo. Yo le contaré a quien quiera oírlo, todo lo que me hizo, será como si lo estuviera acusando ante el mundo: una necesidad casi patológica. Amelia será un pilar en mi recuperación. Pasaré mucho tiempo con ellas; pero será Amelia la que mejor parezca comprender mi dolor.

Cinco años de sodomía e incesto. Habré intentado matarme cuatro veces, en infinitas ocasiones habré sentido estar loca. Casi me volveré alcohólica y mi vida será una constante angustia con accesos de ira incomprensibles. Lo único de lo que no serás responsable es de mi inclinación erótico-afectiva. Muchas niñas violadas no serán lesbianas, me quedará claro desde el principio que no lo soy por eso.

En medio de los escombros la esperanza será un tierno tallo.

Lo único que me importará al irme de la casa de Elsa, será saber que Clara está bien, que no la he destrozado con mi acto terrible. La buscaré y ella responderá amable, comprensiva. La amaré cada vez más. No importará que ella no lo haga, aunque seguiré sin saberlo.

Clara me escribirá: que ella quería regresar, que me lo había dicho, yo no lo recordaré, de cualquier forma, ahora sabrá que no fue su culpa. Era el horror que escondía en la memoria de mi cuerpo y mi imposibilidad de aceptarlo.

No querrá que Elsa la odie. Le explicaré que ya es tarde: Elsa creerá que ella me sedujo, que de hecho la engañamos. En realidad, no me creerá que jamás hubo nada entre nosotras. Clara se dolerá porque aprecia a Elsa.

Toda mi vida estará basada en una mentira: mi padre, el viejo bondadoso; mi madre, la jovencita que se casó con él: el milagro del amor. Qué desdicha sembraron en la casa. Cuánto dolor y sufrimiento, cuánta violencia. Los odiaré a los dos.

Estaré sola, estaré completamente sola en esta ciudad enorme. Seré egoísta y no apreciaré la ayuda de mis amigas, de mis amigos, de Clara, incluso de Elsa (que seguirá ayudándome económicamente). Me sentiré increíblemente sola.

No sabré si mi padre también violó a mis hermanas y hermanos, lo sospecharé con firmeza; no tendré pruebas. No podré enfrentarlos, no, luego de enfrentarme a mí misma. No podré exponerme a su odio, evitaré hablar con ellos por temor a que me acusen de mentirosa, como cuando dije lo que Gustavo le hizo a Adrián. Porque para entonces la leyenda del padre bondadoso y recto será enorme, y nadie quiere que su vida esté basada en una mentira: lo sabré por experiencia. En todo caso dudaré de que ellos también puedan hablar.

Clara será canto, promesa de palabra aromada, síntoma de un amor etéreo.

Nos escribimos más que nunca. Gracias a ella podré soportar el terror de los días, las noches de pesadillas, la soledad.

Habré hecho amistad con varias mujeres lesbianas y heterosexuales que también fueron abusadas. Me impresionará la cantidad de casos. La violencia increíble que muchas habrán padecido. Entenderé que mi caso es otro más en la rueda de esta sociedad hipócrita.

Clara y yo comenzaremos a pintarnos mutuamente a la distancia, en tanto diseñaremos rutas para el primer encuentro de la carne. Creeré que sí me ama.

En mi infinito egoísmo no me percataré de que este dolor no es sólo mío. De que somos miles las mujeres que hemos padecido este sufrimiento innombrable por causa de padres, abuelos, tíos, hermanos, vecinos: hombres para lo que sólo fuimos carne. Hasta que me encuentre con ellas.

Soy una mujer, ya no una niña. Mi padre es el hombre que era años antes de morir. Tenemos sexo y llego al orgasmo. Despertaré con náuseas y el corazón golpeando mi pecho como un tambor, apenas lograré llegar al baño para vomitar.

La psiquiatra escuchará mi sueño en silencio. Luego me dirá que eso es lo peor de la violación: cuando se experimenta un tipo de placer en contra de la voluntad de las víctimas, éstas se sienten cómplices. Me explicará que el cuerpo reacciona de manera natural al ser manipulado: nadie es de palo. Y cuando se han entablado esas dinámicas, no será extraño experimentar placer. Pero eso no será motivo para justificar el acto criminal de la violación: Si llegaste a experimentar placer, tampoco habrá sido tu culpa, asegurará. Por un tiempo no me sentiré mejor, recordaré también lo que me confió Adrián y tendrá sentido. (No volveré a soñar con mi padre).

El taller, la revista, los grupos de apoyo, los amigos, la poesía, la terapia, las amantes ocasionales, las relaciones efímeras, el apoyo de Elsa, y la esperanza de reencontrarme con Clara, serán de gran ayuda en mi recuperación que todavía así será lenta. Con muchos retrocesos y caídas.

Elsa vendrá a verme cerca de la gran fecha del encuentro entre Clara y yo. El Señor de la muerte levantará su cabeza y fijará sus ojos en ella. Me pedirá apoyo. Su relación no habrá sido lo suficientemente fuerte.

Elsa, tendrá cáncer: sentiré un terror real, ante su posible muerte.

Nos habremos perdido. Faltaré a la cita. No podré exigirle que me entienda: habrá cruzado medio mundo, y ahora sabrá que me quedará.

Intentaré ayudar a Elsa en todo lo que pueda, lentamente se irá restableciendo la confianza, el cariño, la gratitud.

Después de la niebla seguiré sin saber quién soy; pero continuaré buscando. Me habré convertido en una buscadora de la verdad.

Aprenderé a meditar de muchas maneras, encontraré a un grupo de budismo y formaré parte de su sangha. Habré encontrado la filosofía que me acepta como soy y que le da sentido a todo este sufrimiento, a todo este sinsentido.

Te perdonaré padre, nunca sabré lo que te sucedió a ti, de dónde viene la cadena; aunque no podré justificar la profunda herida que me hiciste: fue una herida de muerte, que seguiré intentando sanar para que no me mate.

Te perdonaré madre, porque fuiste incapaz de defenderme, quizá porque también pasaste por lo mismo, aunque quien te violó a ti fuera tu patrón, también porque no tenías las herramientas para actuar de otra manera.

Harás bien en escupirme, en vomitar mi condición de mujer invisible, en no permitir que te atormente más el fantasma de las muñecas rotas. Harás bien, Clara.

Escribir, con las migajas del festín que se ha comido, será plato roto.

Elsa estará bien: se recuperará. Habrá entre nosotras un lazo permanente. Elsa será mi familia, la que pese a todo: nunca me dejó morir. Mi mejor amiga ahora.

Mi vida estará ligada a ti de forma irreparable, no importará que jamás volvamos a vernos, que no nos hablemos más: llegaste justo en el momento del resquebrajamiento de la niebla, cuando más necesitaba aferrarme a la vida. Para mí siempre serás Clara, mi Clara.

Me veré sobrevivir impávida a las naves que sobrevuelan en la esquina del ojo. Palpitaciones rencorosas decorarán el pecho del despecho. Aun así persistiré, insistiré, me sobrepondré.

Saldré de mí para viajar hasta tus ojos que crearán la belleza en palabras metálicas llenas de alas que recorrerán abrumadores caminos de asfalto, fosforescentes líneas de infinitos fractales que copiarán la existencia que sólo soñamos.

Accidentes horizontales y exactos que marcarán las siluetas de los cuerpos que fuimos. Sincronía de los vuelos siempre a destiempo en los polos opuestos. La certeza de que tu boca jamás pronunciará mis palabras con la intención sagrada de la belleza.

La noche en el disfraz de la noche. Nunca sabré si son más las palabras.

Seré la impresentable, la expatriada en la patria, la invisible en el ojo de todos, seré la que no es y persiste pese a su inexistencia. Seré otra más, de las miles, que intentarán levantarse, incluso contra ellas mismas.

Abrazaré a la niña que fui, y le pediré perdón por no haberle creído: por haberla mantenido maniatada en el sótano de la memoria, por no haberla escuchado con amor.

Todo ser será un bloque de fragmentos: lego de carne que algunas veces dará la impresión de un rompecabezas resuelto.

Habrà esa imposibilidad de decir de otra manera: únicamente pedazos como trocitos vidriados de algún cuenco de barro que lo contuvo todo.

Me quedaré dormida con la cuchara a un lado para comerme a la vida cuando despierte.